

(Transcripción no revisada por el autor)

RETIRO SEMANA SANTA 1992

P. Rafael Fernández

PRIMERA CHARLA

En el retiro de este año, gracias a Dios, contamos con el regalo de tener el Santuario de nuestra Madre y Reina junto a nosotros. Hacemos este retiro, podríamos decir, en el Santuario.

En el retiro del año pasado, 1991, hicimos un comentario de las gracias que esperábamos recibir desde este Santuario. Nuestro Santuario no es una capilla más, por más hermosa que sea. No es simplemente tener un lugar tranquilo de oración. Es expresamente un Santuario, una réplica, un Santuario filial del Santuario de nuestra Madre y Reina tres Admirable de Schoenstatt. Es, por lo tanto, un lugar de gracias; un lugar al cual acudimos a implorar gracias especiales, con la confianza de que, en ese lugar, la Santísima Virgen nos dará gracias abundantes. Y nuestra fe nos dice que, si estamos unidos espiritualmente al Santuario, recibimos más gracias.

Dios actúa así, no tiene que extrañarnos que Dios se condicione a lo material, a lugares, y que la Virgen haga lo mismo. Dios está en todas partes, en todo lugar; su espíritu no está atado a nada. Pero él, que nos creó, que nos redimió, sabe cómo somos: seres sensibles, de carne y hueso. Lo mismo sucede con los sacramentos. Cristo, para unirse con los suyos, no necesitaba el Pan Eucarístico; instituir la Eucaristía no era necesario. El tiene acceso libre a nuestro corazón. Pero, sin embargo, quiso regalarnos su presencia en forma especialísima en el Pan Eucarístico. De tal modo que, si nosotros comulgamos, tenemos acceso a una mayor abundancia de gracias. Para perdonarnos nuestros pecados, el Señor no estaba condicionado a que un sacerdote nos diera la absolución. Hay muchos a quienes Dios les perdona sus pecados sin que exista un sacerdote para darle una absolución. Así sucede cuando no hay un sacerdote. Sin embargo, el Señor quiso instituir el sacramento de la reconciliación y valerse de esta persona, que es el sacerdote instituido para perdonar, para hacernos sensible, para darnos un acceso más fácil a su gracia de reconciliación, a su misericordia.

Dios siempre está actuando a través de lo material, de lo humano, de lo sensible. Cuando Jesús curó a ese sordo mudo, a ese ciego, haciendo un poco de barro y se lo puso en sus ojos, en sus oídos, esto en sí no era necesario. Como tampoco era necesario que ese extranjero, que vino a Judea buscando un profeta que lo sanara de la lepra, se bañara en el Jordán como le decía el profeta. El accede y queda limpio de la lepra. Dios actúa así y siempre ha actuado así y seguirá actuando así. También la Santísima Virgen actúa del mismo modo. Ella se vale también de los medios materiales físicos para hacernos llegar esas gracias que el Señor ha depositado en sus manos como Madre y Reina de la Iglesia.

Conocemos muchos lugares de gracias reconocidos por la Iglesia: Lourdes, que es el lugar que más peregrinos atrae en todo del mundo. Y así, ella quiso elegir un pequeño lugar en Schoenstatt, en Alemania, en la rivera del Rhin, en un pequeño pueblo, en un rincón de ese pueblo, en Schoenstatt (lugar hermoso). Y allí ella selló, por petición del Padre y Fundador

de Schoenstatt, una alianza de amor mediante la cual ella se comprometía con el P. Kentenich y un grupo de jóvenes. Ellos hicieron suave violencia en su corazón maternal para que se estableciera en esa pequeña capilla y desde allí, distribuyera abundantes gracias para atraer a los corazones jóvenes, los acogiera y los transformara haciéndolos instrumentos aptos en sus manos, para iniciar, desde allí, un movimiento de renovación.

En nuestro Santuario, la Virgen quiere darnos gracias peculiares, especiales. El Pan Eucarístico nos da la gracia especial de la intimidad con Cristo. El sacramento de la reconciliación nos da la gracia especial de la misericordia, del perdón. El agua del bautismo nos da la gracia de llegar a ser hijos de Dios, templos del Espíritu Santo. ¿Qué gracias especiales nos da María en su Santuario? ¿Qué ha querido regalar ella en forma particular, en este lugar? La Santísima Virgen nos quiere regalar tres gracias: la gracia del acogimiento o arraigo en Dios; la gracia de la transformación interior y la gracia de la fecundidad y envío apostólico. Son tres gracias que ella nos regala como Madre y educadora.

En el Santuario de Schoenstatt, María quiere manifestarse al mundo específicamente como *Madre educadora*. En su amor nos quiere acoger y acogiéndonos en su corazón, arraigarnos en el corazón de Cristo, de Dios Padre. Ese es el primer don, la primera gracia que imploramos en nuestro Santuario y que recibimos en nuestro Santuario. La gracia de estar en el corazón de Dios Padre, la gracia de vivir en el corazón de Cristo, estando profundamente acogidos en el corazón de María, en la maternidad de esta Reina que tanto nos ama.

La segunda gracia es la gracia de la transformación. Todo amor transforma; todo amor verdadero, auténtico, asemeja. Y si ella quiere atraernos en su corazón, es para transformarnos en su corazón. Cada uno de nosotros de alguna manera, ha experimentado esa fuerza transformadora del amor. Piensen ustedes, cuando por primera vez se enamoraron; cuando fueron cautivados por una persona. Nacieron fuerzas, hubo iniciativas, cambios; hicieron cosas que antes nunca habrían hecho. Porque ese amor ejerció sobre su corazón una fuerza transformadora. No solamente se unieron; sintieron una fuerza de atracción que los ataba a la persona amada, sino que, en esa unión, experimentaron un cambio de vida; se transformó su vida.

La tercera gracia que María quiere darnos es la de la fecundidad. María no solamente quiere acogernos, transformarnos profundamente en su amor, sino que también quiere enviarnos. Quiere hacernos sus instrumentos. Todo amor, no solamente acoge, no solamente transforma o asemeja, sino que también despliega una fuerza creadora; nos impulsa a hacer cosas, a emprender obras. Y el amor de María nos lleva a emprender cosas que nunca nosotros, por nuestras fuerzas, hubiéramos hecho. Es un amor profundamente creador. NO es un amor intimista. El amor de María no es como aquel amor de ciertas madres para con sus hijos, que los guardan para que no les pase nada. El amor de María es un amor que cree en sus hijos, que les confía tareas y por eso los envía, los lanza a emprender acciones.

El año pasado nos detuvimos en la gracia del acogimiento. Para quienes no participaron aquí en ese retiro, quisiera detenerme en esta primera meditación y recoger algo de lo que reflexionamos en esa oportunidad respecto a la gracia del acogimiento. Les la gracia del arraigo, más que del acogimiento. El acogimiento puede conducir a un error: vamos al

Santuario para sentirnos bien, cobijados, arrellenaditos... Y no es así. Por lo menos, muchas veces vamos al Santuario y no sentimos nada afectivamente; estamos secos. Pero, sin embargo, estamos arraigados. Una cosa es el afecto, el sentimiento, y nos pasa de repente que nos sentimos bien con una persona, profundamente en su corazón; lo sentimos, lo palpamos; pero otras veces no es así. No podemos pedir a un matrimonio que siempre estén al tope de sus sentimientos que siempre estén como en el primer día de enamoramiento, de novios. No siempre es así y, sin embargo, se aman profundamente y están el uno en el otro. Es eso lo que nosotros recibimos y sentimos también; tenemos la convicción de que estamos profundamente enraizados allí; las raíces de mi ser están en el corazón de Dios, de Cristo, de la Mater. Estoy sólidamente fundado, sobre roca. Yo soy incommovible, porque estoy cogido por Dios, porque fui alcanzado por Dios, porque María me tiene en su mano y porque nadie me saca, me arrebatada de allí. Porque el Señor me ganó, me demostró su amor hasta el extremo. Por lo tanto, tengo un convencimiento que nadie me lo puede quitar, un convencimiento de que Dios me ama. Que Dios me ama personalmente; que Dios me ama con predilección. Es esa la gracia del arraigo que nosotros recibimos en el Santuario.

El primer efecto de esa gracia es saber, sentir ojalá, que soy objeto de un amor de predilección. ¿Por qué quiere María darme, en primer lugar, esta gracia en el Santuario? Por tres motivos.

- Primero, porque ella quiere responder a una problemática profunda de nuestro tiempo. El P. Kentenich dice que el problema cultural mayor de nuestra época es el desarraigo, o el desamparo. La sensación de no tener un lugar, un dónde reposar. El hombre actual es un vagabundo. Es un hombre que no ha echado anclas, raíces, en ninguna parte. Y, por lo tanto, está a merced de todos los vientos, de todas las tormentas. Vivimos en una profunda crisis de hogar. No solamente de hogar físico como es el caso de una gran mayoría que ni siquiera cuenta con una casa para su familia; cuántos no tienen dónde cobijar sus hijos o tienen que vivir hacinados en un rincón. Cuántos no cuentan con un hogar. Pero más profunda, más hiriente que esa crisis de hogar físico, material, es la crisis de hogar espiritual. ¡Cuántos no tienen dónde reposar su cabeza, no tienen un corazón humano dónde abandonarse! ¡Cuántos son los que cuentan con un corazón donde poder instalarse con tranquilidad, con confianza, donde pueden abandonarse por entero! ¿No somos inmensamente ricos cuando tenemos un corazón, corazones donde descansar, donde reposar; en los cuales estemos enraizados y de donde sepamos que nadie nos va a sacar?

Para el P. Kentenich, una de las vivencias más profundas en el campo de concentración fue justamente ésta, y lo fue durante toda su vida: el que Dios le había regalado innumerables personas en cuyo corazón él se sabía habitando. Esa sensación, esa vivencia da la convicción de estar profundamente firmes, da una solidez personal enorme; y, entonces, venga lo que venga, no importa. Y uno puede pensar que, incluso, pueden lanzarlo de su casa, que puede perder toda su fortuna, todos sus negocios, y, sin embargo, saber que de una parte no lo sacan: del corazón de sus esposa, de su esposo, de sus hijos, de sus amigos. Allí permanece, de allí nadie lo puede sacar.

Esta es una vivencia que nos estructura interiormente. Y cuántos no tienen esta vivencia. Cuántos hogares destruidos, cuántos divorcios. ¡Qué tremendo destino tienen esos hijos de padres separados. Cuántos de nosotros hemos tenido que pasar por esa tragedia de no tener un hogar estable, permanente, porque el hecho de la separación o del divorcio de los

padres, da la sensación de una tremenda de inestabilidad. No hay seguridad en el corazón humano.

Y ésa es la gran llaga, dice el P. Kentenich, del hombre actual. Ese desarraigo es el que quiere curar María en el Santuario. Toda la gracia sana la naturaleza enferma. Hoy necesitamos gracias especiales, gracias abundantes para que sanen esas heridas de desarraigo, de desolación, de desamparo, de soledad, de aislamiento espiritual. Porque podemos estar en medio del bullicio, rodeados de personas y, sin embargo, profundamente, interiormente, estamos aislados, asolados, solos. Esa llaga es la que quiere curar María.

Y tenemos no solamente un desarraigo en el orden espiritual, natural, sino más todavía. En el orden sobrenatural. Si ya aquí abajo, en el plano humano, nos falta la sensación de arraigo, mucho más todavía en el plano sobrenatural, en Dios. ¿Sentimos a Dios? ¿Estamos profundamente convencido que no hay nada que nos arrebatte de la mano de Dios Padre, de la mano de Cristo? ¿Estamos profundamente convencidos que Dios nos ama más que nosotros mismos, más que todas las personas que nos aman? ¿Sentimos que el amor más grande que podamos haber experimentado no es nada en relación al amor que Dios nos tiene? Lo sabemos y, si leemos los Evangelios, a cada momento se nos dice, lo hemos escuchado miles de veces. Pero podemos decir que es una vivencia nuestra? Quizás, alguna vez.

Pero, alguna vez, y después dudamos. Porque fue un entusiasmo, quizás. Sentimos realmente, afectivamente que Dios nos ama. Pero, después, empezamos a dudar: ¿será tan verdad que Dios cuida de nosotros como los lirios de los campos? Sabemos que ningún cabello de nuestra cabeza se cae sin que el Padre lo sepa; que él tiene contados nuestros cabellos. ¿Pero, tiene contados mis cabellos? No estamos tan convencidos, no vamos por el mundo alegres y contentos, como hombres redimidos, como hombres que tienen la sensación interior de ser tremendamente queridos. Porque esto, en el fondo, es lo único que hace feliz. Podemos tener mansiones, autos, miles de cosas, pero si no tengo la sensación de alguien que nos ama profundamente, en el fondo somos pobres infelices. Trataremos de encubrir ese sentimiento interior ya sea trabajando más, comprando un auto super, ampliando la casa, los negocios, etc., con tal de encontrarnos solos, con nuestra realidad de que no estar seguros de ser amados profundamente.

Necesitamos esta vivencia para poder vivir, de otra manera, nunca estaremos interiormente alegres, nunca seremos hombres redimidos.

Una pregunta bien importante que cada uno debemos hacernos: ¿Qué tipo de religión tengo? ¿Cómo es mi Dios? ¿Es un Dios idea, un Dios lejano? ¿Es un Dios que me da una moral que cumplir? ¿Es un Dios que me dice verdades que debo asentir intelectualmente, pero no de corazón? ¿Es un Dios que me exige cosas y que si me porto mal me castigará, se enojará conmigo? Tenemos al sensación de que, cuando pecamos, Dios nos vuelve la espalda, Dios se nos aleja. Y al contrario, cuando una persona ama a alguien, y ese alguien se porta mal, ese amor sería demasiado pobre si por eso cortara toda relación. Sería un amor demasiado egoísta. Esa persona puede sufrir con mi falta, con mi infidelidad, pero no dejará de amarme. Mucho menos Dios. El trató de decirlo tantas veces, de tantas formas, tan gráficamente: "Hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos..."; y cuando el hijo pródigo regresa a la casa paterna, el padre se

lanza corriendo sobre él, lo abraza, lo besa, se hace una fiesta... No tiene nada que ver con un padre gruñón, que le echa en cara al hijo que se porta mal.

¿Qué imagen de Dios tenemos? Cuando tenemos pruebas, cuando nos va mal, cuando nos suceden tragedias humanas, ¿confiamos en el amor, creemos heroicamente en el amor de Dios? ¿O creemos que el Señor se olvidó de nosotros? Es importante esta gracia del arraigo. Es importante por el tiempo que vivimos.

- En segundo lugar, esta gracia del arraigo es importante porque en ella reside el secreto de la santidad. Habría que decir que todo edificio espiritual, sobre todo nuestro esfuerzo por crecer por agradar al Señor, por ser fieles, todo se fundamenta en esta gracia del arraigo. Si no estamos convencidos que Dios nos ama, simplemente no tenemos el motivo para crecer, no tenemos el motivo para esforzarnos por la santidad. Y entonces, toda exigencia de Dios, todo imperativo del Señor, ese "sed santos como vuestro Padre celestial es santo", o "si un ojo te escandaliza, arráncatelo", o "el grano de trigo tiene que caer en la tierra y morir", todas esas exigencias, van a resbalar en nosotros, no van a tener ningún efecto. ¿Por qué? Porque carecen de fundamento, porque son exigencias sin fundamento.

Cuando nosotros queremos pedir, como padres, como educadores, un cierto comportamiento a nuestros hijos, a nuestros educandos, y no les hemos demostrado fehacientemente nuestro amor, ellos lo van a sentir como una obligación, se van a sentir coaccionados, amenazados por el castigo, quizás, y , apenas puedan, van a sacar la vuelta. Cuando alguien siente que su padre, su madre, su jefe, los quiere, entonces, es capaz de asumir las mayores exigencias, lo más increíble, "deportivamente" como dice el P. Kentenich; o como una cruz que se impone sino con ganas, con entusiasmo. Por eso la gracia del arraigo en Dios, que nos hace sentirnos preferidos de Dios, se ala gracia fundamental. No solamente para nuestro tiempo, para curar nuestras heridas, o para renovar una religiosidad añeja, una religiosidad mañosa, una religiosidad regañona, sino que, sobre todo, para darnos alas, para hacer que el aspirar a la santidad nos brote desde dentro y no sea como una imposición desde fuera.

Lo que el Señor quiere es que nosotros seamos niños. Y cuando él dice que solamente los niños entrarán en el reino de los cielos, está pensando sobre todo en la pequeñez, en la limitación de un niño y, más que eso, en el afecto filial de un niño, en el apego, en el cariño, que le tiene un niño a su padre y a su madre. Y ese cariño lo conquistaron los padres. La sonrisa del niño no nació espontáneamente; nació porque alguien le hacía un gesto, una sonrisa. Esa sonrisa del niño es una respuesta a una sonrisa que se dio antes. Por lo tanto, espiritualmente, si es exigencia que nos convirtamos interiormente como los niños, para percibir, para darnos cuenta, para entrar en el reino de los cielos, lo primero es darnos cuenta de la sonrisa del Padre, de la Mater. Si no, trataremos de hacer "muecas" para demostrar que estamos felices, contentos. Y eso no nos resultará.

Quiero leerles algunos pasajes que el P. Kentenich escribió aquí en Chile, en la Carta del 31 de Mayo de 1949, que él inició aquí en Chile. Les escribe esta carta a los obispos en Alemania, defendiendo a Schoenstatt de las críticas que había hecho el Visitador apostólico a Schoenstatt. Y, precisamente, una de las cosas que al Visitador le había parecido raro, peligroso, orgulloso, de los schoenstattianos, era que consideraban a Schoenstatt una obra, un instrumento predilecto del amor de Dios. Encontró que esa frase demostraba un orgullo de los schoenstattianos; por qué esta preferencia, si hay tantas comunidades en la Iglesia y

Dios las quiere a todas. Eso le chocó y lo criticó y hubiera preferido que esa expresión se hubiese borrado. Y el P. Kentenich dice que el Visitador entendió muy poco de lo que Dios quiere. El quiere que todos nosotros, que todo hombre se sienta un predilecto de Dios. El P. Kentenich cita muchas veces esa expresión de san Pablo, refiriéndose al amor de Dios: "Me amó a mí, dilexit me!". No nos amó a nosotros, genéricamente. No sacamos nada con decir: "a mí me quiere todo el mundo"; nosotros no nos movemos en categorías universales filosóficas. Nos movemos en lo concreto existencial. Y en lo concreto existencial tenemos que decir y lo que cuenta es: a mí me quiere esta persona, estas personas; dilexit me! El P. Kentenich, cuando dice que Schoenstatt es obra predilecta del amor de Dios, no lo afirma exclusivamente sino afirmativamente. Y cada comunidad, cada persona, tiene que sentirse amada por Dios, en forma particular. Así como ése se siente amado tremendamente por Dios, yo también me siento. Y lo que tengo que decir de mí es que Dios me ama a mí, me prefiere a mí, me ha dado muestras particulares de amor a mí, a nosotros, a nuestra Familia de Schoenstatt.

El canto del Magnificat expresa este amor de preferencia. La Santísima Virgen no dice que el Señor amó a la humanidad, sino que dice: "Me miró *a mí*, se fijó *en mí*, Aquel que es Poderoso; hizo grandes cosas *en mí*". Esa es una de las cosas que el P. Kentenich defendió frente al Visitador en ese momento. Pero dijo que si no se tenía esa conciencia, no se podía dar respuesta a los problemas por los cuales atraviesa la Iglesia en Occidente. Es decir, de esto que aparece tan intimista, tan particular, él hace depender el destino de Occidente. Si no existen personas, comunidades, que han gustado la predilección de Dios, no hay fuego en la Iglesia. Y si la Iglesia no tiene fuego, ¿quién va a encender? ¿De dónde saca las fuerzas para impulsar una fuerte evangelización, si no tiene energía en sí misma? La energía sólo la da el amor. Y sólo ama a Dios aquel que, primero, se ha sentido amado por él. "En esto consiste el amor, dice san Juan, no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que él nos amó primero". Esa es la característica del amor de Dios.

Leamos los trozos del P. Kentenich.

"Dios nos hace sentir que somos su ocupación predilecta para que nosotros hagamos de él nuestra ocupación predilecta. Todos los santos comenzaron a tender las manos, efectivamente hacia las cumbres de la santidad, comenzaron a ser santos desde el momento en que se supieron o vieron como una ocupación predilecta de Dios".

Desde el momento en que se consideraron a sí mismos como una ocupación predilecta de Dios y que hicieron de Dios su ocupación predilecta. Agregamos insistentemente, expresamente, si el occidente cristiano no cambia, si no hace suyo en forma íntima, personalísima y permanente, el secreto de la santidad, no será capaz de resistir el embate del colectivismo, del bolchevismo como él dice.

"Podemos pasar revista a todos los problemas que plantea la educación de nuestros pueblos y la renovación del mundo y la solución, si es que tienen una solución, ésta señala claramente hacia este secreto de la santidad. De él reciben luz, fuerza y solidez. Todas las otras tentativas, separadas de esto, quedan a medio camino, no conducen a la meta".

El Padre no juega con palabras, lo que dice lo dice en forma muy realista, objetiva. El ocupa varias hojas de su carta en describir los problemas de Occidente. Y después que cita problemática, termina con dos líneas. Esto no tiene ninguna solución sin el secreto de los santos. La pregunta más concreta para nosotros es cómo lograr sentirse amado con predilección por Dios. Si es tan fundamental para nuestra época, para nosotros, para que tengamos alas y podamos volar alto y hacer una obra que valga la pena para nuestra Iglesia y el mundo, como Movimiento, la pregunta decisiva es cómo logramos sentirnos queridos por Dios; cómo logramos sentirnos preferencialmente queridos por Dios; cómo logramos sentirnos hijos predilectos del corazón de María, del corazón del Señor; cómo nos sentimos regalos, hijos mimados de Dios.

Hay varios caminos. El primer camino es pedir la gracia. Por eso el Santuario. Confiar que la Mater quiere darnos esa gracia del cobijamiento, del arraigo en el corazón de Dios. Ella quiere darnos en el Santuario esa gracia y nos exige dar ese pequeño o gran paso de ir al Santuario. Así como este extranjero leproso, que aparece en el relato bíblico, se le pidió bañarse siete veces en las aguas del Jordán, a nosotros se nos pide este pequeño paso de ir a un lugar, a una capillita, y de creer que allí la Santísima Virgen quiere darnos un don, el don de sentirnos predilectos de Dios, de sabernos hijos predilectos de Dios. De sabernos más que de sentirnos. Porque no se trata de algo puramente afectivo, de un sentir, sino de una convicción interior, de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad, de nuestro espíritu, de estar en el corazón de Dios, de que él me ama profundamente y que nadie puede sacarme de allí.

Como toda gracia, es necesario pedirla y también merecerla, conquistarla. No basta pedirla. Lo primario es pedirla. Pero junto con pedirla, hacemos un pequeño esfuerzo. Dios quiere ese pequeño esfuerzo. ¿Qué podemos hacer nosotros? ¿Cómo logramos esta virtud? Con la práctica de la oración de la alabanza, de la gratitud, en tres planos. De las oraciones que nosotros más practicamos, la primera tal vez es la oración de petición. Pedimos mucho, alabamos menos, y la gratitud mucho menos quizás.

¿Por qué es tan importante la oración de alabanza? Justamente porque es la oración que nos permite sentirnos queridos por Dios. Cuando alabamos a alguien, reconocemos un don que nos toca a nosotros. Si el marido le dice a su esposa: qué linda te ves, qué bien te sienta ese vestido, esa persona está dando razón de algo que le alegra, de un don. Esa esposa se puso ese vestido mas bonito para agradar, por amor. Y el esposo percibe eso y se alegra. Así actúa el amor. Si el esposo no se da cuenta, entonces en vano la otra persona hará mil cosas para demostrarle su amor. Y la esposa queda frustrada porque su marido sólo se preocupa de sus negocios. No aprovechó esas pequeñas fuentes de alegría, no alegró su corazón porque no supo practicar la oración de alabanza, porque no supo alabar. Y no supo alabar porque no supo mirar. Solamente aquel que se fija, que repara, descubre lo hermoso que hay en torno suyo. Por eso, si nosotros no practicamos la oración de gratitud, vamos a tener el corazón seco y vamos a reclamar que no sentimos a Dios, que hay aridez en nuestro corazón, que estamos agobiados, con depresión. Y la razón real es porque no hemos aprendido a reparar en todo lo que recibimos de Dios, y no sabemos alabar y dar gloria al Señor.

El P. Kentenich, siguiendo a san Ignacio de Loyola, a quien admiraba mucho, dice que tenemos que enumerar y ponderar con mucho afecto los dones que hemos recibido de Dios. Enumerar, darse cuenta, percibir, registrar. Y ponderar, gustar, paladear esos dones. Es

decir, alimentarnos afectivamente. No basta con que registremos simplemente. Eso no surte efecto sino hasta que lo paladeamos, cuando lo gustamos, cuando nos nutrimos de ello. Y para nutrirnos de ello, es necesario detenerse. Si nos dan algún dulce, por ejemplo, y simplemente nos lo tragamos, no alcanzamos a percibir qué tipo de dulce es. Y en vano la persona, que nos regaló ese dulce, se esforzó por comprar algún manjar especial para nosotros. No lo paladeamos, no lo gustamos y, por lo tanto, no percibimos el amor especial que tuvo esa persona al regalarnos ese dulce. Hay que detenerse, ponderar, con mucho afecto.

También agradecer, la oración de agradecimiento es importante. Agradecer significa volver a la fuente de la cual provino el regalo. Agradecer como aquel leproso que recibió un don, el don de la curación, y volvió a agradecer al Señor. No bastó con reconocer que había sido curado; también los otros leprosos reconocieron estaban sanos, pero no volvieron a agradecer. Es decir, su amor al Señor no creció. Sin embargo, uno de ellos volvió, doy gracias y estableció un vínculo con el Señor. Se dio cuenta que él había sido una ocupación predilecta de Dios y empezó a hacer del Señor su ocupación predilecta. Empezó a devolver amor de predilección por amor de predilección.

Además de enumerar, ponderar, agradecer, es necesario consignar, "hacer un archivo", mantener la memoria, hacer un recuerdo de los dones que he recibido. No olvidar. Gran parte del secreto de la santidad reside en recordar, en hacer memoria. Lean ustedes la Biblia, los salmos, y verán que, siempre de alguna u otra forma, está la memoria en el Dios de la historia: cuando éramos esclavos en Egipto, cuando estuvimos en el desierto, el Señor intervino en forma especial con este su Pueblo, Israel, el elegido. Esa era la conciencia de Israel, del pueblo de los hebreos: Yo soy Israel, yo soy el elegido de Dios, el predilecto de Dios. Es de eso de lo que, constantemente, ese Pueblo elegido hacía memoria en sus oraciones, recordaba, traía al corazón.

¿Cómo estamos nosotros en esto? En las oraciones de la noche o de la mañana, o de mediodía, debemos recordar, enumerar qué pasó en el día, qué vivimos en ese día, qué me dio Dios, y agradecer. Para que Dios no se canse de darnos muestras de amor porque no le respondemos. Si no hacemos oración en ninguna hora del día, nunca seremos cristianos, nunca seremos schoenstattianos, nunca aspiraremos a la santidad; nos faltará la energía, el fuego. Para que se fuego se encienda, es necesario hacer oración. El P. Kentenich tiene una oración de gratitud, en el *Hacia el Padre*.

Gracias por todo, Madre,
todo te lo agradezco de corazón,
y quiero atarme a ti
con un amor entrañable.
¡Qué hubiese sido de nosotros,
sin ti, sin tu cuidado maternal!
Gracias porque nos salvaste
en grandes necesidades;
gracias, porque con amor fiel
nos encadenaste a ti.
Quiero ofrecerte eterna gratitud
y consagrarme a ti con indiviso amor. Amén.

Esta oración es parte de ocho mil versos que compuso el P. Kentenich, después que salió del campo de concentración de Dachau. El va agradeciendo hasta por las cosas más pequeñas; enumerándolas y como estribillo va rezando lo que hemos leído. Va consignando todo: los padres que tuvo, la educación que recibió, porque me llamaste a Schoenstatt; detalla hasta las cosas más increíbles. Y eso lo va reforzando con este estribillo: Gracias por todo, Madre, te lo agradezco de corazón. Con un amor entrañable quiero atarme a ti. Esa es la respuesta.

Puedo sugerirles un ejercicio. En esta media hora o después, escriban un carta a su esposo, o a su esposa, en la cual enumeren, hagan memoria, desde que se encontraron por primera vez, desde que se pusieron de novios, desde que se casaron. Y después, hagan historia, enumeren todas las cosas, los hechos que han pasado y gústenlos de nuevo. Y vuelvan a agradecer, a alabar, a esa persona en concreto, no en general, no a Dios simplemente. Ustedes saben que toda nuestra religión, si no pasa por lo humano, no nos resulta. Porque no somos monjes. A los monjes les resulta, quizás, encontrarse sólo con Dios solo. Nosotros vivimos en el mundo, rodeados de personas. Y si no vivimos nuestra religión ni actualizamos nuestra fe a través de personas concretas, no vamos a experimentar lo que es vivir la fe, vivir de la fe.

Por lo tanto, todo aquello que le debemos a Dios, nos ha sido dado a través de personas concretas y a ellas tenemos que agradecerles, agradecerles en ellas a Dios. ¿Cómo dices tú que amas a Dios, a quien no ves, si no amas a tu hermano a quien ves? ¿Cómo pretendes dar gracias a Dios de corazón, a quien no ves, si no manifiestas tu gratitud a quien ves, a quien es Dios para ti, a quien Dios puso como un rayo suyo junto a ti?

Toda nuestra religión pasa por lo humano. Y el ofrecimiento igual; "si tienes un problema con tu hermano, no vengas todavía a entregar tu ofrenda. Primero reconcíliate con tu hermano, después ven a presentar tu ofrenda al altar. Entonces tendrá sentido tu ofrenda... También cuando pedimos perdón, Cristo nos enseñó a decir: Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a quien nos ofende; perdónanos, porque ya nosotros perdonamos, por eso, perdónanos. Y porque hemos perdonado, sabemos, Señor, lo que significa ser perdonado por ti.

Si nuestra religión no funciona así, de hecho no funciona nuestra unión, nuestro amor a Dios. Y siempre permaneceremos en la teoría y nuestra religión será la de los mandamientos, del cumplimiento que no da alas, que no es capaz de incendiar el mundo.

Otro ejercicio, es hacer una letanía. Si alguno la hizo, complétela con lo que pasó este año. Esa letanía no es sólo para una época de mi vida. Es para que cada mes, cada año, se vaya completando, para que juntos, como esposos, puedan leerla, cantarla al Señor.

En algún momento tengo que darme cuenta y tomar, al menos un hecho, un gesto, y gustarlo, ponderarlo, paladearlo, agradecerlo, consignarlo para mi letanía de gratitud. Para que, cuando el corazón se sienta desolado, o los problemas sean muy grandes, pueda recurrir al Señor y decirle cuánto amor me ha demostrado en miles de oportunidades y cómo ahora, por esta prueba que me está mandando, empiezo a dudar. ¿Es que no soy capaz de creer que tú también, en esta prueba, me estás amando y que, si tú permites este

dolor, esta prueba, es para que yo conozca más profundamente tu corazón? ¿Por qué dudo de ti si me has dado tantas muestras de amor?

Para que podamos decir esto, es necesario que estemos muy convencidos del amor de Dios; entonces podemos enfrentar las pruebas, los dolores, y puede arreciar la tormenta y venir la lluvia, venirse abajo todo, incluso aquella persona que tanto me amó y que, en un momento dado, me dejó, me abandonó. Fue un regalo que Dios me hizo, un inmenso don, pero en un momento, por el pecado, por infidelidad, esa persona falló. Pero, de todas maneras, fue el puente para que me allegara a Dios. Y una vez en Dios, una vez que he llegado a ese arraigo en el corazón de Dios, nadie me podrá sacar, no hay nada que pueda moverme.

Un tercer ejercicio. Hemos descubierto el amor de Dios en nuestro trabajo? Siempre trabajo como un peso o es una alegría para mí? Y si es una alegría, se la he agradecido al Señor como un don? No puedo descansar hasta que descubra en mi trabajo la manifestación del cariño, del don de Dios. Tengo que descubrir las fuentes de la alegría en el trabajo y aprovecharlas. No puedo, simplemente, trabajar porque hay que trabajar, porque hay que ganar el sustento. También tengo que hacerlo por eso. Pero tengo que descubrir en ello el don de Dios, la alegría de trabajar. Y esa alegría traducirla en gratitud al Señor. Sería otro ejercicio para hacer en algún momento. Escribir los motivos de gratitud en su trabajo. Hay personas que trabajan con ustedes. Hay cosas que hacen, que son hermosas. ¡Qué fantástico es ver una obra de las propias manos! ¡Qué bueno es que Dios nos haya hecho con esa capacidad de crear, de producir! Estamos siendo como Dios. ¡Qué extraordinario es que haya otras personas que trabajan con nosotros! ¡Que fantástico es que Dios nos haya dado esa inteligencia, esa habilidad, esa capacidad! ¡Cuántos motivos de alegría en el trabajo! Aprovechémoslo. Refresquemos el alma en eso. Nosotros no nacemos para estar agobiados. La tristeza no es cristiana. Podemos tener pena, podemos sufrir, pero la tristeza es un pecado capital, es una maldición. No hay ningún santo triste. Pueden haber santos sufrientes, profundamente sufrientes, con pena, pero no tristes. Lo sabemos que un santo triste, es un triste santo.

Ahora hacemos una pausa. Terminamos con una oración que el P. Kentenich reza así:

Alabanza y gratitud a ti,
Compañero de esta jornada,
a ti que realizaste con nosotros
lo que te alegra y regocija.

Con nuestras manos
fuiste agregándole a Schoenstatt piedra tras piedra,
a esta Obra que ha escogido tu bondad
para llevar salvación al mundo entero.

María, la Madre fiel que nunca nos deja solos,
con fuerza nos tuvo de su mano,
porque nos confiaste tu Obra
a nosotros, que somos iglesia, esposa del Señor.

Todas las bendiciones de este día

fluyeron desde el altar;
como un inmenso mar de gracias
majestuosamente nos mantuvieron y nos llevaron.

Padre, con amor nos saludaste
y pusiste dulzura en nuestras vidas,
porque el Señor en los hombres
se nos manifestó una y otra vez.

Solicitando nuestra compañía
por el dolor humano a menudo nos llamó;
para asemejarnos a él
una y otra vez nos trajo la cruz.

Lo que alegró tu mirada
retorne, Padre, a la fuente de gracias,
que brota desde nuestro Santuario
para honra tuya, del Hijo y del Espíritu Santo.

SEGUNDA CHARLA

Decíamos que lograr este fundamento sólido de nuestra vida cristiana, de nuestra santidad, requiere un cultivo especial de la oración de alabanza y de gratitud. Y este cultivo debíamos practicarlo en nuestra oración diaria. En algún omento del día en que ponderáramos algún don que hemos recibido de Dios. Nuestro corazón tiene que estar alegre y para estarlo requiere de un alimento que lo alegre. Nosotros nacimos para la alegría y no para la tristeza. Vimos algunos caminos concretos, prácticos; algunos ejercicios como escribir una carta al cónyuge, o a otra persona; hacer una letanía de gratitud, un salmo de gratitud; componer un salmo o un canto de gratitud personal, como los que existen en la Biblia; un canto propio de la familia, un salmo propio de cada familia, donde se recuerde la historia de esa familia cantando, alabando las bondades del Señor.

En segundo medio es la Eucaristía. Toda la Eucaristía es una gran acción de gracias. Esa acción de gracias sacramental tiene sentido cuando recoge la acción de gracias diaria, cotidiana. Vamos al altar a entregar, ofrecer solemnemente al Señor aquellos dones que traemos, aquella gratitud que traemos en el corazón. Y no es así, la Eucaristía pasa a ser "buena" o "mala" si los cantos estuvieron bonitos, si la prédica resulto buena. Esa es una manera demasiado superficial de juzgar la Eucaristía, que vale no por los cantos, no por la prédica, simplemente, sino que la Eucaristía vale en sí. Es la acción de gracias al Señor, y esa acción de gracias sacramental es para recoger la gratitud que existe concretamente en cada uno de nosotros. Lo que hace el Padre, el Señor, es tomar lo que yo ofrezco en gratitud en ese sacrificio de alabanza. Por eso, todas aquellas expresiones del Gloria? te alabamos, te bendecimos, te damos gracias, son reiterativas. Y tienen un sentido, una resonancia cuando las decimos con el respaldo de nuestra meditación de un haber gustado con anterioridad los dones de Dios. No mientras se está recitando o cantando el Gloria hacemos una meditación sobre estos dones que hemos recibido de Dios, sino que, en ese momento, desbordo mi corazón que está lleno de gratitud, en un canto de alabanza. La misa parte con eso. Para eso es la Misa, para alabar, para bendecir, para dar gracias. Así, la Misa adquiere una fuerza mucho mayor todavía en el Prefacio: es justo, es digno, equitativo, es saludable, nos hace bien, darte gracias, Señor, siempre y en todo lugar, a ti Señor, por estos dones. Esa gran plegaria Eucarística que se abre con el Prefacio, tiene sentido cuando, a esa gratitud por los grandes dones de la salvación, agregamos nuestra gratitud por esos dones como nosotros lo hemos vivido. Si no, la Misa no nos sale vital. La Misa en sí tiene un valor absoluto, pero no porque se repita la acción del Señor yo la aprovecho. El Señor renueva ese sacrificio de alabanza para darnos la oportunidad para que nosotros nos unamos a su alabanza. Tendríamos que reflexionar sobre nuestra manera de vivir la Eucaristía.

Un tercer medio que nombramos es la Confesión como un momento privilegiado para crecer en esa conciencia del amor de Dios. ¡Cuán predilecto somos del amor de Dios! Hay personas a quienes se les hace tedioso confesarse, porque siempre se confiesan de los mismos pecados. Habría que dar vuelta esta afirmación y pensar: ¡qué fantástico es Dios que no se cansa de nosotros a pesar de que caemos en lo mismo! Tenemos que pensar no en nosotros mismos, no en lo que nosotros hacemos sino en Dios, en el amor que él nos tiene. Hay que salir del yo y la gratitud es un éxtasis gozoso del yo, que lo plenifica. Gracias, Señor, porque me das nuevamente la ocasión de sentir que no me amas porque yo soy bueno; que no me prefieres, que no me llamaste a Schoenstatt por lo extraordinario que soy, sino, simplemente porque me quisiste, porque quedaste prendado de mí, tal vez por mi

pequeñez, mi miseria. Yo no merezco tu amor... Y cuando estamos en este nivel, no hay nada que nos quite el amor de Dios. Podemos caer, pero no hay nada que me separe del amor de Cristo, como dice san Pablo; ni la vida ni la muerte, ni siquiera el pecado, decía san Agustín. Nos reconocemos pobres, miserables y hacemos de nuestro pecado un motivo de gratitud, de agradecimiento: tú, Señor, me quieres tal cual soy. El P. Kentenich decía: Yo soy un miserable hijo de Rey.

Que, en este sentido, aumente en nosotros la oración de gratitud, de alabanza. Que, en este sentido, ayudemos a cambiar el ambiente eclesial. Los carismáticos han hecho mucho en este sentido. No todos nosotros estamos llamados a la modalidad carismática, pero todos estamos llamados a la gratitud. Creo que ellos han puesto un acento en la espiritualidad cristiana que había quedado muy olvidado. Habíamos convertido nuestra religión unilateralmente en una religión pedigrüña. Y nuestra religión es, en primer lugar, una religión de alabanza a Dios.

Ahora, todo estos nos lleva a pedir tora gracia. La gracia del arraigo, del cobijamiento, de este sabernos queridos por Dios, se complementa y se continúa en la gracia de la transformación interior, el cambio. El P. Kentenich nos ofrece una espiritualidad de la alegría positiva. El Padre no parte de lo negativo, del pecado, de la exigencia. Parte de lo positivo, como lo hace Dios. El nos amó primero. Es una espiritualidad muy cercana a la vida, muy encarnada. Pero no por eso deja de ser exigente. De repente, hay una falsa imagen de Schoenstatt: muy familia, muy vivencial, muy vital, pero dónde está el radicalismo de vida cristiana. El P. Kentenich es tremendamente exigente, no al modo como otros ponen exigencias. Tenemos un sistema de exigencias concreto. Tenemos como medio de santificación, de autoformación, el Horario espiritual, porque el hombre tiene que tener en sus manos algo concreto, por el ajetreo de la vida diaria, por los altos y bajos de la vida diaria. Y algo tan concreto como es el anotar todas las noches si ha hecho tal o cual ejercicio de piedad. Si todos los días no tenemos un momento de oración en el Horario espiritual y lo anotamos si lo hicimos o no, no lograremos encender el fuego del amor. Es algo exigente y concreto para todos, no sólo para quienes se comprometen en un instituto o federación. Todos estamos llamados a la santidad, no sólo los consagrados, los sacerdotes, las religiosas. Cada uno, el pueblo de Dios, el pueblo escogido de Dios, está llamado a la santidad. Y porque somos llamados a la santidad tenemos que encontrar caminos que nos ayuden y nos hagan crecer en este esfuerzo por la santidad. Y cada movimiento, cada comunidad tiene caminos muy concretos de santidad. En el Horario espiritual debiera estar la oración de la mañana, o la oración de la noche, y en ellas la oración de gratitud, de alabanza.

La gracia de la transformación:

Si la Mater nos acoge en su corazón y nos hace vivenciar su amor de Madre y Reina, ella quiere transmitirnos su vida, elevar nuestro ser; quiere hacernos semejantes a ella, quiere regalarnos toda esa plenitud que Cristo le ha dado y ponerla en nuestro corazón, para que es plenitud, esa gracia de Cristo, crezca en nosotros, fructifique en nosotros. Ella no nos quiere acurrucar en una piedad intimista. Toda madre quiere que su hijo crezca; todo amor quiere que la persona amada crezca, que se plenifique, que se purifique. Y ése es el amor que nos regala la Mater en el Santuario. Es un amor que no se queda en un intimismo, en un pasivismo. Es un amor que no permite incongruencias. Sería incongruente vivir en el corazón de María y no crecer como ella y actuar como ella y servirle como instrumento. La

Mater nunca nos pedirá que seamos desechados de perfección. Pero sí ella nos pide que nos esforcemos por la perfección, por la santidad. Y el P. Kentenich no quiere que juguemos, que simplemente repitamos palabras. El quiere cambios, espera que nos transformemos. El se sintió llamado a iniciar, desde el Santuario, una cruzada de renovación de la Iglesia; él sintió que Dios quería abrir en nuestros Santuarios una fuente de renovación, de cambio de la Iglesia; que esta Iglesia, con ropaje antiguo, se revistiera de otro ropaje; que recibiera una inyección de energía que la llevara a las nuevas playas, que la hiciera capaz de enfrentar los novísimos tiempos, así como Juan Pablo II hoy nos pide y nos llama. Schoenstatt nació para una nueva evangelización, una nueva evangelización que no termina este año. Schoenstatt nació para una revolución dentro de la Iglesia, tanto que tiene que llevarnos a renovar toda la Iglesia Latinoamericana para que exporte cristianismo, vida nueva, a los países de los cuales nosotros recibimos ese cristianismo. Eso requiere una inmensa, una profunda transformación interior. Si nos quedamos en lo que somos, si llegamos a Schoenstatt y nos quedamos tranquilos con nuestra conciencia, si no cambiamos en nuestra vida, si no entramos en un proceso de aceleración de nuestra santidad, no sirve de nada que pertenezcamos a Schoenstatt.

El P. Kentenich, el 18 de octubre de 1914, cuando recién inició Schoenstatt, partió dándonos un programa: aceleración del desarrollo de nuestra propia santificación. Esa son las primeras palabras del Acta de Prefundación de Schoenstatt. Si pisamos el Santuario, si llegamos a Schoenstatt, ya sea como peregrinos, como miembros de la Liga Apostólica o de la Comunidad apostólica, o como miembros del Instituto, es para acelerar mi proceso de santificación. Y eso significa un proceso de cambio, de conversión, de crecimiento. Nadie viene a instalarse a Schoenstatt, a arrellenarse.

"Tal como para nuestro segundo patrón, san Luis Gonzaga, una capilla de la Santísima Virgen en Florencia fue el origen de su santidad, así también esta capilla de nuestra congregación será para nosotros cuna de santidad". Schoenstatt nació de esta aspiración a la santidad. Y si esta gracia de la transformación no actúa en nosotros, Schoenstatt frustra su sentido, su finalidad. Porque fue pensado por Dios como un movimiento de renovación para la Iglesia. El P. Kentenich decía: Con un trozo de hielo no se enciende una hoguera". Y encender significa cambiar, transformarse, irradiar, transmitir a otros. Por eso nuestra vinculación al Santuario tiene que transformarnos, si no, es mejor que nos quedemos en casa o vayamos a algún lugar cualquier a escuchar simplemente. Venimos al Santuario para dejarnos transformar, para abrirnos a la acción transformadora que ejerce María como madre y educadora. Y esto vale para todos, desde peregrinos a consagrados en un instituto, porque la santidad es para todos, para cualquier persona. La seria aspiración a la santidad es para todos nosotros. Es el Señor quien nos llama a la santidad.

Leamos otro trozo del Acta de Fundación:

"Cada uno de nosotros ha de alcanzar el mayor grado posible de perfección y santidad, según su estado. No simplemente lo grande ni lo ,más grande, sino precisamente lo más excelso ha de ser el objeto de nuestros esfuerzos intensificados. Ustedes comprenderán que me atrevo a formular esta exigencia tan extraordinaria en la forma de un modesto deseo".

Es una exigencia que brota del Evangelio. Si el P. Kentenich lo pide y lo pide desde los orígenes, desde el nacimiento de Schoenstatt, es porque Cristo lo pide, porque el Evangelio

lo pide. No fue él quien inventó esta aspiración a la santidad, este aceleramiento de la santidad. El Señor es quien lo pide. Nosotros somos santos, somos un pueblo santo. Lo rezamos muchas veces cuando leemos el prefacio en la Santa Misa. Un pueblo santo que quiere alabar al Señor. En la primera epístola de san Pedro:

"Como hijos obedientes, no os amoldéis a las apetencias de antes, del tiempo de vuestra ignorancia, más bien, así como el que os ha llamado es Santo, así también vosotros sed santos en toda vuestra conducta, como dice la Escritura: *Seréis santos porque santo soy yo*". (1P.1, 14-16).

San Pedro no está hablando a personas consagradas. Insisto en esto porque en la Iglesia ha estado demasiado inculcado el hecho que la aspiración y el llamado a la santidad era cosa de las personas consagradas. No es así; este llamado originalmente vale para todos, como hijos obedientes, como bautizados. Nosotros no podemos amoldarnos a las apetencias de antes, a la manera en que vivíamos, a los gustos de antes, a los criterios de antes, del tiempo de nuestra ignorancia. Antes que conociéramos a Cristo, antes que conociéramos este llamado de amor de Dios. Así como el que nos ha llamado es santo, tenemos que ser nosotros también en toda nuestra conducta.

San Pedro dice más adelante:

"Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os llamado de las tinieblas (de la vida de antes) a su admirable luz, vosotros que en un tiempo no erais pueblo y que ahora sois el Pueblo de Dios" (1P.2, 9-10).

El Evangelio parte con un llamado a la conversión. San Juan Bautista, preparándole el camino al Señor, va a decir: Conviértanse, cambien, porque el reino de los cielos está cerca.

La palabra original, *conviértanse*, viene de la palabra griega *metanoia*, que significa un cambio profundo, interior; una transformación del ser, una conversión interior, un cambio de vida, de costumbres. Y ese llamado a la conversión, así entendido, lo repite de nuevo el Señor muchas veces: Cambien, porque el reino de los cielos está entre ustedes, en ustedes. El Señor será tan radical que nos pedirá nacer de nuevo. Como le dice a Nicodemo, que para ganar el cielo, tiene que nacer de nuevo, cambiar desde las raíces. Es un cambio radical. Y Nicodemo le dice que es imposible porque él está viejo. Y el Señor le explica que debe nacer del Espíritu Santo, en el bautismo. El Señor nos ha llamado a una irradiación de plenitud de vida; y eso significa que tenemos que dejar nuestro ropaje antiguo.

Más todavía. Dios un pide un cambio en el cual él tiene la mayor parte, porque él nos da la gracia, el don de este cambio. En el bautismo nos hacemos hijos de Dios, nos transformamos en hijo, en rey, en sacerdote y pasamos a ser miembros de un pueblo santo. San Pablo llamaba a los cristianos *santos*. Y si somos santos en el ser, tenemos que serlo en el actuar también. Un adagio griego dice: "Sé lo que eres". Somos santos, por lo tanto, actuemos santamente. Y para eso coopera con la acción santificadora de Dios. El es quien actúa por medio nuestro, a través de muchos canales, de muchos modos. Pero nosotros tenemos que comprometernos con él. El no quiere santificarnos sin que nosotros nos pongamos manos a la obra. Aplicamos aquí la parábola de los talentos. El nos da talentos y

nos pedirá cuenta de esos talentos. ¿Qué hicieron con esos talentos? ¿Les sacamos provecho? ¿Nos quedamos simplemente con el talento enterrado?

En la última cena, cuando Cristo habla a sus discípulos les dice: Yo los elegí a ustedes para que den fruto y un fruto que permanezca. Un fruto abundante. Y el Padre los va a podar para que den más fruto aún. Es decir, al Señor no le basta con que demos frutos solamente. Es lo que nos dice el Padre en el Acta de fundación: No lo grande sino lo más grande y más excelso es lo que les propongo... No quiero que se queden en una mediocridad de vida cristiana. El Apocalipsis nos dirá:

"Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca". (Ap.

Es decir, ojalá aspiráramos a la santidad, pero esto de estar bien con todo, de no hacer ningún esfuerzo extraordinario, esta mediocridad, no la soporto. Creo que el P. Kentenich nos dirá lo mismo si nos viera así. Y muchas veces nos ve así y nos lo dice para sacarnos de esta tibieza, porque no fuimos llamados a esta mediocridad.

El Señor exige un radicalismo. Nos dice que nos da su paz, pero no como la da el mundo. El P. Kentenich, comentando esto, nos dice que el Señor no quiere la paz de los cementerios. El quiere otra paz, la paz profunda del corazón que va a la par con una violencia. El reino de los cielos padece violencia, y sólo los violentos lo van a arrebatarse. Y san Pablo comenta después esto diciendo: Reduzco mi cuerpo a la servidumbre. Es decir, hay una ley del pecado en mí, pero lucho contra esa ley del pecado. Tiene que producirse un cambio, hay una exigencia seria: Entren por la puerta estrecha, porque amplio es el camino que conduce a la perdición. Y son pocos los que entran por la puerta estrecha... Cuidado con ser muchos, nos diría el Señor. Yo los quiero como levadura. Y la levadura es siempre un puñado de personas que sirve para fermentar la masa. En Schoenstatt no podemos decir: vengan a Schoenstatt, entren por la puerta ancha... Si nosotros, cristianos, schoenstattianos, no somos levadura, no tenemos sentido. Todo cristiano está llamado a ser levadura, sal. Y si la levadura se pone simple y la sal, insípida, no sirven sino para tirarlas y ser pisoteadas.

Cristo es radical. Nosotros tenemos que revisar su imagen y su mensaje. La suya no es una imagen dulzona, que refleje una piedad acomodaticia. El corazón de Cristo no es dulzón, es una hoguera de amor, de un fuego fuerte que consume. Su amor es recio, exigente... Y por eso nos va decir: Entren por la puerta estrecha... Si tu ojo derecho es ocasión de escándalo, arráncalo. Es mejor entrar tuerto en el Reino de los cielos... Y si tu mano derecha, la más importante, es motivo de escándalo, córtala, es mejor entrar manco en el reino de los cielos... Ese es su lenguaje. Y por eso, si el P. Kentenich parte pidiéndonos sería aspiración a la santidad, parte pidiendo la gracia de la transformación y nuestra colaboración con esa gracia, no está pidiendo algo extraordinaria; no está hablando a laicos como si fueran religiosos. No, está hablando a laicos que quieren comprometerse. Schoenstatt es un movimiento de laicos, secular, de este siglo, de esta tierra. No es un movimiento para ángeles.

San Pablo, haciéndose eco de estas enseñanzas del Señor dice: "Os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios". San Agustín decía "Temo al Dios que golpea y que

pasa de largo porque yo no le abro". Temo al Dios que pasa de largo porque se cansó de golpear, de esperar, porque no dimos frutos, porque no cambiamos, porque me quedé en lo que estaba; y él me quería para cosas grandes.

"Os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Os exhortamos a que viváis para agradecer al Señor y progreséis más. Porque ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación, pues no os ha llamado Dios a la impureza sino a la santidad"

Y san Pablo explaya más en este pensamiento, especialmente en la epístola a los Efesios:

"Os digo, pues, esto y os conjuro en el Señor, que no viváis ya como viven los gentiles, -la gente que ya no cree en Dios o que le da lo mismo; viven como todos; y entonces, no se acostumbren como ellos, no se adecúen a ellos- según la vaciedad de su mente, sumergido su pensamiento en las tinieblas y excluidos de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la dureza de su cabeza, los cuales, habiendo perdido el sentido moral - (eso se hace cada vez más actual, entre nosotros, los gentiles)- se entregaron al libertinaje para practicar con desenfreno toda suerte de impurezas -(las impurezas son muchas cosas más que las que se refieren al sexto mandamiento. Esa es otra herencia que nos dejó la Iglesia, nos fijó en el sexto mandamiento como si no hubiera otras impurezas que las referentes a la sexualidad no llevada como Dios lo quiere; hay muchas otras impurezas y mucho más graves que éstas, en los negocios, etc.)-. Pero no éste el Cristo que vosotros habéis aprendido, si es que habéis oído hablar de él y en él habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús a despojaros, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de la concupiscencias, -(de los ojos, de la carne, del mundo, como explicará san Juan)- a renovar el espíritu de vuestra mente -(gracia de la transformación interior), y a revestiros del Hombre Nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad". Por lo tanto, desechando la mentira, hablad con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros unos de los otros". (Ef 4, 17-25)

Por lo tanto, este llamado de Schoenstatt a cambiar y a hacer fecunda la gracia de la transformación interior, no una exigencia gratuita o exagerada. Es el estilo del Evangelio, de Cristo. Es algo que necesita con urgencia, la Iglesia, y que nosotros, como movimiento de renovación, de transformación, de evangelización, necesita en primer lugar, urgentemente.

Si el Señor y Schoenstatt nos ponen exigencias, también nos dan las gracias para que se produzca esa transformación, ese cambio en nosotros. Y para ello, ha abierto innumerables canales para que la gracia de transformación llegue hasta nosotros. Canales de gracias, fuentes de gracias especiales, particulares, que son básicas, fundamentales. Gracias que nos da a todos.

La primera fuente es su Palabra. Luego los sacramentos, cada uno de los sacramentos es un canal de gracia. Cada movimiento tiene fuentes peculiares de gracias. Qué sería de los jesuitas sin los Ejercicios de San Ignacio. Innumerables, millares de personas han recibido la gracia a través de ese medio de santificación que les ha servido para aspirar a la santidad.

¡Cuántos han cambiado su vida y llegaron a ser santos a través de esos Ejercicios! ¡Cuánta vida ha surgido en la Iglesia por ese medio particular que el Señor regaló a san Ignacio para su Compañía de Jesús y para que, a través de esa Compañía, llegar a a la Iglesia! Siglos han bebido de ese canal de santidad que son los Ejercicios espirituales de san Ignacio. Así tendría que recorrer a las diversas comunidades y movimientos de la Iglesia: los benedictinos, los franciscanos, etc.

Y también a Schoenstatt Dios ha regalado fuentes de gracias, canales de gracias extraordinarios. Y, en primer lugar y básicamente, nuestro Santuario. Y en él, estas tres gracias y con esas gracias nos ha dado un camino de santidad original. Hay caminos de santidad. Hay formas y maneras de aspirar a la santidad. Como aspira a la santidad un monje trapense es muy distinto a cómo aspira un benedictino, o un miembro del Opus Dei. Y es muy distinta a cómo aspira a la santidad un schoenstattiano. Dios es magnificante, tiene imaginación inagotable. Lo importante es que el benedictino, el jesuita, el franciscano, aproveche ese camino de santidad, y que Schoenstatt aproveche el suyo. Y Dios juzgará a cada cual según los medios originales de santificación que le regaló a la espiritualidad que quiso seguir.

Cuáles son las fuentes de gracia, básicas, generales que Dios ha puesto a nuestra disposición. Hay una fuente primaria, única, para toda la Iglesia y lógicamente para nosotros schoenstattianos; es la Biblia, la Palabra del Señor. Y tenemos que alimentarnos diariamente de esta Palabra, que es fuente de vida, Palabra viva. Es aquello que el Señor nos está diciendo. Tomar contacto con esa Palabra es tener las fuerzas para cambiar de vida. Porque ahí él nos dice a cada uno cómo nos quiere, qué ha pensado para cada uno; qué ha preparado para cada uno. ¿Han leído ustedes alguna vez la Biblia, entera? ¿La han estudiado? ¿Se alimentan diariamente de ella, o por lo menos semanalmente? ¿Meditan las lecturas de cada domingo? ¿Se preparan, la acogen en su corazón? No podemos entender mal al P. Kentenich y leer sólo el *Hacia el Padre*. Precisamente él nos dice en este libro lo siguiente:

Padre, purifica nuestras almas,
haz que escuchen la Palabra
y realicen dócilmente
todo lo que entonan en nosotros sus sonos.
Haz que la conservemos en nuestros corazones
como lo hiciera nuestra Reina de Schoenstatt,
en quien penetró cual rocío del cielo,
y que así esperemos las bodas eternas.
Y alegres la llevemos al mundo.. (HP 57-59)

Es una tarea. Tenemos que aprender a leer la Biblia. Hay libros de introducción a la Biblia, hay cursos de Biblia para laicos. No podemos quedarnos con un conocimiento más o menos de la Biblia y que, de vez en cuando, la tomemos y la leamos sin mayor reflexión. Recuerden cuando recibieron una carta que les llegó al alma y la leyeron una y otra vez, mil veces. El Señor nos escribió esta carta y es para que la leamos y gustemos muchas veces. Porque es una carta de amor, una carta donde el Señor nos abre su corazón y nos dice lo que espera de cada uno. El se preocupó que quedara consignada su voluntad, lo que quiso decirnos, al alcance de nuestras manos.

El P. Kentenich nos enseña un medio muy simple para leer la Biblia. Leer un trozo pequeño, uno o dos minutos. Y una vez leído, preguntarnos qué dice el Señor; qué leímos. Enseguida, hacernos una segunda pregunta: ¿cómo estoy yo respecto de esto? ¿Qué significa lo que leí? Empezar a cuestionarse con la Palabra del Señor. Un tercer paso, ¿cómo respondo yo a lo que me dice el Señor? ¿Qué saco de esta Palabra? ¿Le agradezco, le pido, saco un propósito, me quedo simplemente gustando esto? Es una forma simplísima de acercarnos a la Biblia, a la Palabra de Dios.

Las otras fuentes básicas, fundamentales, de la gracia son los sacramentos. No podemos quedarnos con la vivencia de los sacramentos que en general se tiene. No podemos quedarnos con una Misa oída, escuchada, asistida. Nuestra misa es una misa participada. Existen talleres para vivir la Misa.

Ahora nos interesa detenernos en las fuentes de gracia específicas. Y en estas fuentes específicas está el Santuario y el camino que la Mater nos ha regalado en el Santuario a través de nuestro Padre. Es un camino típico de Schoenstatt, no antagónico a otros pero sí distinto. Tenemos un camino original y tenemos que aprovechar nuestra originalidad, vivirla a fondo. ¿Cuál es esa originalidad?

Primero, otras maneras de vivir el cristianismo. Voy a englobar, de alguna manera, el modo que partió de san Agustín. San Agustín echó a andar una manera de vivir el cristianismo, como una mentalidad, como una vivencia. El mismo tenía una experiencia maniquea y se educó en el neoplatonismo. Este parte de esa concepción de que lo verdadero, lo real, son las ideas. El cuerpo, lo material, es un obstáculo para el espíritu. La carne, lo sensible, es como una cárcel y hay que salir de esa cárcel para llegar al conocimiento, a la liberación, a la redención. Esa mentalidad, de alguna manera, en forma ortodoxa, se implantó en el cristianismo e hizo que se acentuara sobre todo lo que era la renuncia al mundo, a la carne, a las cosas sensibles. Y por eso en la Iglesia, brotó de preferencia una santidad que justamente acentuaba la huida del mundo. Lo más típico de la santidad de la Edad Media, que recogió todo esto y que nos dura, de algún modo, hasta ahora, es la espiritualidad de la huida del mundo: *Fuge homines et salvus eris*; huye del mundo y te salvarás. Es lo que dice el libro La imitación de Cristo. Cuidado con el hombre, cuidado con el mundo, cuidado con la riqueza, cuidado con esto, huye del mundo, deja a tu esposa, vende todo. Es un acentuación que tomó literalmente algo que es verdad, porque el Señor dijo: si ustedes quieren más a los suyos que a mí, no son dignos de mí... Pero el Señor no quería que abandonásemos nuestros hijos, nuestra esposa o esposo para irse con él. Sí tenía un sentido para que las personas con vocación pudieran llegar a esta renuncia para demostrar que lo más importante es Dios y que en todas las personas y actividades tenemos que encontrar a Dios. Y es en este contexto en que se desarrolló una espiritualidad monacal, de la huida del mundo, porque sólo Dios basta.

Es cierto que sólo Dios basta, pero ese Dios está en las personas, en las cosas, porque todo es creación de Dios y como tal es imagen suya. Hay un Dios trascendente y un Dios inmanente, en las cosas. Y la especialidad de la ascética tradicional es el Dios trascendente. Nuestra especialidad es el Dios inmanente. Hay dos mandamientos fundamentales: el amor a Dios y el amor al prójimo. Son los dos mandamientos centrales. Amar a Dios sin amar al prójimo, no es verdad; y amar al prójimo sin amar a Dios, tampoco es verdad. Así, una espiritualidad acentuó preferencialmente el amor a Dios, dejar todo por Dios, y otra, la nuestra, llama a amar a Dios a través del amor prójimo. Es nuestra acentuación. Es la

acentuación laical. Y a comienzos de este siglo solamente se empieza a hablar de esto en forma más radical. Se empezó a ver que la santidad no es, en primer lugar, para los sacerdotes, para las religiosas, para las personas consagradas, sino para los laicos, para todo el mundo. La santidad es para el matrimonio; hay una santidad matrimonial. Estamos recién empezando a poblar la Iglesia con matrimonios santos, con santos laicos, santos con overall. Esa es la espiritualidad secular, laical que es la especialidad de Schoenstatt.

La motivación de esa santidad tradicional era la imitación de Cristo, la perfección: salva tu alma, alcanza las virtudes. Tengo un libro tradicional, que es un compendio de ascética y de mística. Les leo para que tomemos conciencia en qué estamos; cómo se presentaba la santidad. Yo no estoy desacreditando nada; todo esto es muy lícito. Lo que digo es que el nuestro es otro camino. "A menudo repite san Pablo a los fieles, que fueron escogidos para ser santos, para que fuésemos santos e inmaculados en el contexto que ante él es la caridad. Cosa que no podemos conseguir sin desnudarnos del hombre viejo y vestirnos del hombre nuevo. Ya sin mortificar las malas inclinaciones de nuestra naturaleza y sin trabajar por copiar en nosotros las virtudes de Jesús. Y esto no podrá ser, añade san Pablo, sin esforzarnos por llegar a la medida de la plenitud de Cristo".

San Francisco de Sales, un santo realmente moderno, que en su tiempo no lo entendieron, fundó una comunidad que, desgraciadamente con el tiempo, fue derivando en otra espiritualidad; es el primero que habla de la santidad de la vida cotidiana, del laico. Y a Francisca de Chantal le dice que no tiene que dejar sus hijos, sus quehaceres para ser santa, porque Dios la quiere ahí precisamente. De repente ella decía que quería demasiado a sus hijos y que por ello podría quitarle el amor a Cristo. Era una concepción tradicional. Y san Francisco de Sales le dice que debe querer mucho a sus hijos, pero que en sus hijos vea al Señor. San Francisco de Sales presenta así la santidad:

Yo puedo tener en una hoja un catálogo de virtudes: ser justo, ser responsable, ser bondadoso, ser respetuoso, ser servicial, etc. etc. ¿Cómo ilumino esta santidad? ¿De dónde parte la energía para observar estas virtudes? Y entonces él dice: Si tomamos una vela, yo puedo ponerla detrás de esta hoja con las virtudes. Y empiezo a leer con la luz que viene de esta vela que he puesto detrás de la hoja. Esa luz, que representa la caridad, me ilumina esas virtudes y le da valor. La otra posibilidad, dice san Francisco, es que pongamos la luz delante de este catálogo, y entonces cambia la perspectiva. Parto con la caridad. Y esa caridad, frente a mí, primariamente, me ilumina. Si amo, tengo que ser respetuoso; si amo, soy servicial; si amo, soy prudente. Es porque yo amo, que hago todo el esfuerzo por alcanzar esas virtudes. Y esa luz que tengo en primer lugar, es mi amor a los hombres, el amor a los inmediatos, al Dios inmanente. Es mi amor a las personas que tengo junto a mí.

Y ese amor es lo que tengo que defender. Y por ese amor tengo que ser santo y cambiar mi vida. El camino de santidad, la perspectiva es distinta, la motivación es distinta. Y es por aquí por donde nos movemos en Schoenstatt. La única fuerza de transformación es la del amor. Lo único que ilumina el camino de la santidad es el amor.

Si, en primer lugar, nos preocupamos de encender la llama del amor para poder exigirnos en santidad. Es por eso que la gracia primaria es sentirse amado. Y una vez que nos sentimos amado, entonces, tiene que producirse un cambio en nosotros. Es la fuerza del amor la que cambia. ¿Cuándo despertamos interiormente? ¿Cuándo se encendió algo en nosotros? Cuando apareció alguien en nuestro horizonte y empezó una revolución en

nuestro interior. El que no ha descubierto nunca un amor, es como una planta marchita, amorfa, monótona; no tiene vida. Hay vida cuando surge un gran amor. Podemos tener otras motivaciones, podemos querer llegar a ser un profesional y entonces hacer todos los esfuerzos para lograr esa meta, y renunciamos a miles de cosas que nos puedan apartar de esa meta. Hay muchas motivaciones. Pero todos esos cambios son superficiales, no me llenan. El único cambio radical, profundo se da cuando se enciende el amor. Y entonces se produce el cambio. En otro caso, hacemos cosas, emprendemos cosas; podemos ser excelentes manager, pero no somos persona humana. Lo que define a la persona humana es la capacidad de dar y recibir amor. ¿Por qué? Por una razón teológica: Dios es amor. Y Dios nos hizo a su imagen y semejanza. Cuando llegamos a ser persona, amamos; y en ese momento empezamos a crecer como persona; y empiezan a desarrollarse, desde adentro hacia afuera, las ganas de cambiar, de hacer otras cosas. Quizás podemos hacer lo mismo, estudiar mucho, trabajar mucho, pero las fuerzas para hacerlo van a ser distintas. Es algo que viene desde adentro, que nos plenifica, en lugar de liquidarnos, de agotarnos. Lo hacemos por amor, para el amor, por alguien. Es lo único que plenifica al ser humano.

Esa es la naturaleza sobre la cual la Mater quiere vaciar la gracia de la transformación interior, del cambio de vida, del cambio de conducta. El P. Kentenich pone el acento en que yo me santifico por ellos. No en primer lugar por Dios. Y esto no es ninguna herejía. Yo me santifico, en primer lugar, por ellos. Y el Señor mismo lo decía: por ellos me santifico, por ellos me entrego en oblación, por amor a ellos. ¿Cuál es nuestro motivo de santidad? Aquí se empieza a perfilar con mucho más fuerza la originalidad del camino kentenichiano de santidad.

Lo podemos decir en dos palabras. En relación al 20 de Enero de 1942. Aquí se manifestó qué es Schoenstatt, cómo funciona, cuál es la espiritualidad de Schoenstatt. El P. Kentenich había sido llamado por la Gestapo, lo ponen en un Bunker donde pasa cuatro semanas. Sale de allí y la Gestapo lo envía a la cárcel de Coblenza. Allí se gana a los guardias y empieza a establecer un contacto ilegal epistolar con los suyos. Y en la Navidad de 1941, recibe una carta que le envía una Hermana Mariana al Niño Jesús. Muchas veces los niños a través de cartas, piden al Niño algunos regalos. Esta Hermana, que vivía en Coblenza y que se llamaba Mariengard, escribe una carta al Niño Jesús y se la entrega a la superiora. Era una carta en que le decía al Niño Jesús que estaba triste porque se habían llevado al Padre; y los niños no pueden estar felices estando ausente el padre. Y por eso ella le pedía un gran regalo para esta Nochebuena: que vuelva el Padre. Esa carta se la envían al P. Kentenich en la prisión y él ve en ello un signo de Dios. El Padre responde esta carta asumiendo el papel de Niño Jesús. Y le dice más o menos lo siguiente: "Mi querida Mariengard: yo te devolveré al Padre pero para ello te pide que cultives un jardín". El P. Kentenich hace un juego de palabras con el nombre de esta Hermana. Le pide que cultive un jardín de María. "Y si ustedes se esfuerzan porque este jardín de María florezca, yo les regalaré la libertad del Padre".

Y a raíz de estas dos cartas, empieza a desarrollarse una vida increíble, empieza a surgir un fuerza de transformación, de querer ser santos, ser como María, ser un jardín de pequeñas María. Empiezan a esforzarse seriamente para que la imagen de María empiece a resplandecer en ellas; las flores de este jardín tenían que ser pequeñas María. Y entonces, el Niño Jesús, viendo este jardín floreciente, devolvería al Padre. Pronto después, el P. Kentenich se va al campo de concentración. Pero este juego, este esfuerzo por ser un jardín de María, para conquistar la libertad del Padre, siguió durante todo este tiempo. Y el Padre,

a su vez, ofreció el peso de las cadenas del campo de concentración para ganar la libertad interior, la santidad de todos sus hijos; para que la vida del Señor y la Mater llegara a su plenitud. El Padre acepta esas cadenas del campo de concentración por el amor a esas hermanas, a esa Familia suya. Y las Hermanas lo hacen por amor al padre, porque querían hacer suave violencia para que el Niño Jesús les devolviera al Padre. Y se esforzaron por hacer capital de gracias de mil formas.

Aquí se produce un proceso de santificación muy aquí en la tierra, donde no es menos fuerte la cruz de Cristo. Es tremendamente fuerte, tan seria, como estar en un campo de concentración. Y esa cruz es asumida por amor a esa Hermana Mariengard, a todas las Hermanas, a todos los Padres, a todos los hijos de Schoenstatt.

Si nosotros queremos un camino de santidad laical, tenemos que seguir este camino. Si queremos subir un monte, un cerro, y lo hacemos en forma directa, indudablemente puede ser más corto. Pero el camino más seguro es el camino en zig-zag, que es el camino de la santidad diaria que pasa por lo humano, por lo temporal, por lo terreno. Para nosotros es el camino más seguro. Y si nosotros no tenemos el amor encendido por personas determinadas, no tendremos el deseo, el anhelo de ser santos. No estaremos motivados y nos quedaremos en la mediocridad, en una vida sin penas ni gloria. El P. Kentenich nos regaló esta vida que surgió entonces, en una meditación especial que tenemos en el Hacia el Padre: *Mira Padre, a nuestra Familia*. Y empieza esta meditación recordando un hecho de san Francisco Javier. San Francisco Javier estaba en un barco, en medio de una tormenta. El barco empieza a zozobrar. Francisco Javier, lleno de angustia, dice que en ese momento sintió tan fuertemente a su Compañía de Jesús, sintió tan fuertemente a los suyos y le dice al Señor: Míralos a ellos, y por ellos sálvame a mí. Lo primero que aflora en su corazón es recordar a los suyos. Lo embarga una emoción profunda; se sintió estrechamente unido a todos sus hermanos de Orden; a los de la tierra, a los de la mansión del cielo. Pensó en su lucha, pura y noble, en su vida meritoria y grata a Dios y pidió fervorosamente al Señor que, en consideración a él, lo librara del naufragio. Pensemos cómo funcionaría esto para nosotros, en concreto. Estamos en esta situación, sintiendo nuestra limitación, lo que nos cuesta esforzarnos por la santidad, que no puedo. Entonces es cuando podemos decir al Señor: Señor, no me mires tanto a mí, mira a esa persona, a ese hijo mío, a ese esposo o esposa, a ese amigo, a ese compañero de grupo; lo heroico que han sido, cómo han asumido esa enfermedad, esa prueba. Bendíceme, sácame adelante por él.

Es otra forma de vivir. El P. Kentenich concluye esta oración con una Consideración:

Si en el ser
y en la vida
nos asemejamos a Cristo,
podremos extendernos
las manos unos a otros:
la santidad de uno
favorece a todos
a través de la sangre del Señor.
Así el amor a la Familia -

(el amor a mi hijo, a mi esposo, a mi esposa, a los amigos, a los compañeros de grupo, el amor a esta amiga, a estas personas concretas)-

nos da alas
para refrenar con ahínco
las malas pasiones
y esforzarnos
por la más alta santidad,
con vigoroso espíritu de sacrificio
y sencilla alegría. (HP 439-490)

¿Qué me da las fuerzas para santificarme, para no meterme en ondas que no convienen, cuando me invitan amigos a echar una cana al aire...? El amor a los míos, el amor a mis hijos, a mi esposa que me esperan. No el recuerdo de mi amor a Dios (y no estoy siendo hereje cuando digo esto). Nos va a costar dejar este rato alegre, pero me da fuerzas ese fiel y fidelísimo cumplimiento del deber. Y no por autodisciplina, por ser perfecto, por ser un dechado de virtudes, un ejemplo para los demás. Simplemente porque los míos lo merecen.

TERCERA CHARLA

Al comenzar esta plática, imploramos el Espíritu Santo:
Espíritu Santo, eres el alma de mi alma,
te adoro humildemente.....

Estamos meditando las gracias que esperamos e imploramos recibir en nuestros Santuarios. María fue constituida por el Señor como Madre de la Iglesia y, constantemente, busca nuevos medios, nuevos caminos para poder ejercer de la mejor manera posible esa tarea maternal frente a nosotros, a la Iglesia. Por eso, se explican los innumerables Santuarios marianos a lo largo de la historia de la Iglesia. Por eso también se explica nuestro Santuario. Aquí ella quiere mostrarse, una vez más, en la vida de la Iglesia, como Reina poderosa, como la Colaboradora por excelencia del Señor en la obra de la redención.

Ella fue pensada y creada por Dios como Compañera y Colaboradora de Cristo, y no solamente del Cristo histórico, sino del Cristo que vive glorioso en el cielo. Ella está como Reina junto al Rey resucitado, guiando, conduciendo, alimentando la Iglesia.

Decíamos que ella nos da, en nuestros Santuarios, tres gracias: la gracia del arraigo en el corazón del Padre Dios, en su corazón maternal, en el corazón de Cristo. Y con esa gracia nos regala la conciencia de ser preferidos de Dios, amados con un amor de predilección. Recordábamos las palabras de nuestro Padre fundador que afirman que los santos comenzaron a ser santos sólo en el momento en que se sintieron particularmente amados por Dios. Y se sintieron una ocupación predilecta de Dios, y por ello comenzaron a hacer de Dios su ocupación predilecta. Toda nuestra vida espiritual se basa en esa conciencia. Hemos creído en el amor de Dios, dice san Juan; no es que nosotros hayamos amado a Dios; él nos amó primero y nos mostró su amor enviando a su Hijo para que por él tuviéramos la redención.

Este es el fundamento, la base sólida sobre la cual edificamos. Sin esa conciencia nunca tendremos las fuerzas, el ímpetu necesario para avanzar en la vida espiritual. Menos todavía para ser apóstoles.

La segunda gracia que esperamos recibir, y que la historia de Schoenstatt lo ha demostrado fehacientemente, es la gracia de la transformación interior. Recordábamos que la exigencia de cambio, la exigencia de adquirir un nuevo modo de ver la vida, una nueva conducta, una nueva mentalidad, viene definitivamente del Señor. Fue él quien la puso. Sus palabras: "Conviértanse, tienen que volver a ser como niños...", significan un cambio interior tremendamente grande, radical. Tan radical que a Nicodemo le extraña este cambio, este volver a nacer, este volver al seno de su madre. Y el Señor le dice: Tienes que nacer de nuevo. Y la exigencia que pone el Señor en el cambio no es suave: Yo los llamo a entrar por la puerta estrecha; el camino que conduce a la perdición es amplio, es espacioso, es fácil. El camino por el cual yo les pido que entren es un camino estrecho, pedregoso; la puerta es estrecha... Y si tu ojo te escandaliza, arráncalo... Ojalá fueras frío o caliente Es un lenguaje duro, exigente, claro. Porque eres tibio estoy por vomitarte de mi boca... El lenguaje del Señor es duro, es exigente, claro. Creo que no podemos dejar de escucharlo.

La gracia de transformación que nosotros esperamos recibir desde el Santuario es de una enorme trascendencia por varios motivos:

Primero, porque María nos ha llamado a tomar parte de un Movimiento de renovación. Todos los que acuden al Santuario de Schoenstatt, sea cual sea el compromiso que quiere asumir con Schoenstatt -desde los que peregrinan sin mayor compromiso hasta los que pertenecen a un instituto- estamos llamados a formar parte de una gran corriente renovadora de la Iglesia. Ese es el sentido de la existencia de Schoenstatt. Schoenstatt nació, fue llamado por Dios a la existencia, para iniciar, desde el Santuario, una fuerte corriente de transformación, de renovación de la Iglesia en vista al tiempo futuro, en vista al tercer milenio. Nosotros queremos contribuir a preparar a la Iglesia para el tercer milenio, para que sea capaz de animar esa cultura nueva, esa cultura que ya ha comenzado a nacer, los novísimos tiempos.

También es importante esta gracia porque hay un peligro de quedarse en el intimismo. Hay un peligro de quedarse en una piedad estéril, beata. Y de ese peligro no estamos exentos ninguno de nosotros, porque todos somos hijos de Adán y, por lo tanto, llevamos las huellas del pecado, estamos heridos en nuestra voluntad, en nuestro esfuerzo por la santidad. Tendemos, sin quererlo, a "sacar la vuelta", a hacernos más fáciles las cosas. Tendemos a quedarnos como estamos, en la comodidad de la vida en que estamos. Nos cuesta transformar nuestra vida, cambiar criterios, estilo de vida. Estamos rodeados de un ambiente que en cuanto al estilo de vida no tiene nada de cristiano y, sin notarlo asumimos un estilo de vida que no es el del Evangelio.

¿Cuántos somos los católicos, ¿Y cuántos de los que decimos ser católicos lo somos de verdad? ¿Cómo está nuestro testimonio de vida? A esa incongruencia de lo que creemos y de lo que vivimos, es a lo cual quiere dar respuesta la gracia de la transformación interior. María quiere sacarnos de la mediocridad, de la tibieza. Todo el que pisa el Santuario de Schoenstatt tiene la posibilidad de cambiar. Porque cuenta con gracias especiales y puede pedir a María que nos transforme, que nos ayude a cambiar en nuestra vida aquello que nos parece imposible.

Hay un peligro del intimismo, hay un peligro de "reunionitis", de quedarse solamente en las reuniones, en reflexiones, sin pasar a un cambio de vida radical. Las ideas, lo que conocemos, muchas veces, no baja, no pasa por el corazón. Y sin esto no sucede, tampoco se traduce en vida, se queda únicamente en la cabeza. La gracia de la transformación quiere que esa verdad que hemos aceptado, que creemos, penetre nuestra afectividad, que nos impulse interiormente y que se traduzca en obras. "La fe sin obras es fe muerta", nos dice el Evangelio. La fe en Schoenstatt también es muerta si no se traduce en obras. Un schoenstattiano que no cambia su vida, que viene al Santuario y participa en reuniones sin que en su vida haya cambios, tiene un Schoenstatt muerto. No vive realmente lo que es Schoenstatt.

Este peligro de quedarnos en una vida intimista, pietista, mediocre, es un peligro que está muy a flor de piel. Más todavía cuando este Movimiento de renovación nos está llamando a una Nueva Evangelización que, en gran parte, depende del testimonio de vida. Como lo decía Paulo VI en su memorable exhortación apostólica: Los cristianos tienen que plantear interrogantes irresistibles a los demás: en la oficina, en el trabajo, en el hogar. Cuando alguien se encuentra conmigo, de alguna manera nuestra vida tiene que plantearle un interrogante: ¿Por qué esta persona tiene estos criterios? ¿Por qué tiene este estilo de vida?. El Señor nos decía: Brille vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras alaben al Padre que está en los cielos". Y el P. Kentenich, comentando ese llamado

del Señor, dice: "La única Biblia que lee el hombre actual es la Biblia vivida, la Biblia hecha carne en nosotros".

Sentimos la necesidad de la gracia de la transformación, de cambiar, de progresar, de crecer, porque nos conocemos a nosotros mismos. Sabemos que nos falta crecer, que no hemos crecido suficientemente. ¿Quién de nosotros está contento consigo mismo? Creo que si alguien lo estuviese, no estaría en este retiro. Si hacemos retiros es justamente porque sentimos que hemos fallados, que somos débiles, que nos falta crecer; porque queremos que Cristo viva más en nuestro corazón. Pero sentimos que nos faltan las fuerzas, que nos cuesta. ¡Cuántas veces tendemos a decepcionarnos de nosotros mismos, de no creer que somos capaces de cambiar! ¿Para que tomamos propósitos cuando sabemos que no los cumpliremos? ¿Para qué nos proponemos cambiar si sabemos que en una semana ya se nos habrá olvidado? Y la tentación de decir que ya no tenemos caso es grande... Pensamos que no nacimos para una santidad heroica, eso es para los sacerdotes, las Hermanas, los monjes...

Todos, cada cristiano, cada schoenstattiano, cada peregrino, está llamado a la santidad. Es un llamado universal, un llamado al Pueblo de Dios. Somos un pueblo santo. Y si lo somos, tenemos que actuar santamente. Ninguno de nosotros puede decir: en realidad la santidad no es para mí, res para otros; yo no nací para ellos. Todos nosotros hemos nacido estamos llamados a la santidad porque fuimos bautizados en Cristo, Sacerdote, Víctima y Rey. Y ser sacerdote, víctima, vida para alabanza de Dios significa vida heroica; ser pastor en el nombre de Cristo, significa una vida heroica. El ser cristiano no es fácil, no puede ser fácil. Porque nuestro Dios es un Dios heroico, un Dios crucificado. Y quien quiera ser discípulo de ese Dios, tiene que tomar su cruz y seguirlo, como él mismo lo dijo. No hay otra forma.

Pero tomar la cruz con él. Con su gracia. Nosotros por nosotros mismos, no podemos, nos conocemos suficientemente, sabemos de nuestra mediocridad, de nuestra tibieza, de nuestra cobardía, de nuestra dificultad para aceptar que el Padre nos puede, y para nosotros mismos podarnos y dar más frutos; sabemos que no podemos, pero, sin embargo confiando en el Señor, con su gracia, podemos todo. Como san Pablo dice: "Todo lo puedo en aquel que me conforta". Todo lo puedo en aquel que es mi fuerza, en Cristo Jesús. Todo lo puedo con la ayuda de su gracia, con la ayuda de la gracia de la transformación que María nos regala en el Santuario.

En las oraciones del Hacia el Padre, rezamos:

Cuando consideramos nuestras propias fuerzas,
toda esperanza y confianza flaquean;
Madre, a ti extendemos las manos
e imploramos abundantes dones de tu amor.

Por eso confiamos en ti, Madre, en tu fuerza transformadora, en que tú nos quieres dar gracias especiales capaces de remecernos interiormente; que sean capaces de hacer de cada uno de nosotros alguien que aspire seriamente a la santidad. Todos los días rezamos: "santificado sea tu Nombre". ¿Qué significa esto? Significa que hoy, nosotros, le saquemos lustre a tu nombre, con nuestra conducta, con nuestra manera de ser, de actuar, de trabajar, de vivir, de amar, de exigirme. El Padrenuestro viene de una profecía de Exequiel en que se

queja que el pueblo de Israel ha profanado el nombre de Yavé, con su conducta; que el pueblo de Yavé ha dejado mal parado el nombre del Señor. Entonces, los gentiles decían: "Miren, qué Dios tienen éstos que viven así". Y eso Dios no lo soporta y dice: Yo voy a santificar mi nombre; les cambiaré el corazón de piedra que tienen por un corazón de carne, capaz de conocer, de entrar en intimidad con Dios. Ustedes serán mi pueblo, santificarán mi nombre". Y por eso nosotros rezamos todos los días: Santificado sea tu nombre, que se haga tu voluntad, para que nos hombres conozcan quién eres tú. Ese es el sentido de nuestro ser cristiano. Un pequeño grupo que es una luz en medio del mundo; un puñado, una minoría es la que tiene la labor de ser buena levadura.

Por lo tanto, no digamos nunca que no somos capaces. Y si decimos que no somos capaces, entonces inmediatamente agreguemos que, sin embargo, somos capaces, porque el Señor y la Mater nos dan las gracias suficientes para cambiar, para transformarnos interiormente, para ser aquello que tenemos que ser. Hay caso con nosotros, porque el Señor nunca nos dejará solos, siempre estará junto a nosotros ayudándonos.

Esta gracia de la transformación interior inicia y acelera en nosotros un proceso de conversión, de metanoia, de ese cambio interno de nuestra manera de pensar, de comportarnos, de vivir. Inicia un crecimiento acelerado. Por ello imploramos a María que nos dé a beber de las fuentes fundamentales de esa transformación. Para transformarnos, para crecer hay que tener energías. Y esa energía es la que nos da, en primer lugar, el Señor a través de su Palabra, de la Eucaristía, del sacramento de la reconciliación. Constantemente nos está abriendo las fuentes de la vida, del cambio de vida. Tenemos que beber, en primer lugar, de ellas.

También le pedimos que con la gracia de la transformación interior nos dé a beber de las fuentes originales de vida que el Padre Dios, por su intermedio y por las manos de nuestro Padre fundador, ha querido regalarnos en el Santuario. Son gracias originales que nos inician en un nuevo camino de santidad. Son gracias que también nos ponen ante una meta original de santidad. Y son gracias que nos regalan medios o ayudas ascéticas propias para hacer más eficaz este cambio interior, esta transformación interior.

Son gracias que nos inician en un camino original de santificación, que nos motivan de modo original. ¿Qué nos hace cambiar, qué nos mueve a cambiar? ¿Qué nos mueve interiormente a querer cambiar, a poder cambiar? ¿A que este cambio que anhelamos seamos eficaces?

Hay muchas motivaciones para cambiar, decía. Una persona puede cambiar su vida por una ambición determinada, por ser el mejor ingeniero, el mejor economista. Estudiará, tratará de ser el mejor alumno, hará cursos especiales, etc.etc. con tal de ser el mejor ingeniero, el mejor economista. Hay una transformación, se da un cambio muy grande en su vida, por una ambición lícita o no. Hay muchos impulsos que nos hacen cambiar. Hay personas que cambian mucho porque quieren ser inmensamente ricos y trabajan y se agotan para amasar riqueza y no descansan con tal de tener más. Su vida cambia. Hay personas que cambian porque quieren su perfección, porque quieren ser santos, porque quieren ser como Cristo. Y eso significa encarnar las virtudes de Cristo. Y se hacen un catálogo de virtudes como tarea y tratan de ser rectos, de cumplir con su deber, de ser obedientes, serviciales como Cristo. Es la imitación de Cristo. Es una motivación de cambio.

¿Cuál es nuestra motivación original en Schoenstatt para cambiar nuestra vida? El P. Kentenich, de acuerdo a san Francisco de Sales, pone en primer plano el amor como la única fuerza realmente capaz de cambiar nuestra vida. El amor es más fuerte, nos dice Juan Pablo II. También es más fuerte para nuestro deseo de cambio. Si queremos de verdad cambiar, tenemos que hacer del amor el motivo central de nuestro cambio, de nuestra transformación interior.

Por lo tanto. la pregunta básica que tenemos que hacernos es si nosotros amamos de verdad. Si pensamos en lo que a nosotros nos hizo nacer, despertar a la vida, fue el momento en que nosotros nos sentimos amados y empezamos a amar. Hay dos maneras de motivarse por el amor. Ya vimos el ejemplo de san Francisco de Sales, del catálogo de virtudes iluminado por la luz de un cirio colocado detrás de este catálogo, para que ilumine las virtudes que quiero encarnar. Y la otra posibilidad es colocar el cirio delante de este catálogo, que es la proposición del P. Kentenich. En su práctica pedagógica, el formula el siguiente principio: Por la vinculación a María, a la actitud. Nosotros llegamos a encarnar un estilo de vida y de trabajo marianos, cristiano, por amor a María. El amor a María es lo que nos mueve a ser fieles, a cumplir con el deber, a ser serviciales, a ser honestos.

Esa motivación se especifica aún más en Schoenstatt. El amor a nuestros hermanos, al prójimo. Y hablamos de una piedad específicamente laical. No estamos llamados a ser monjes. Respetamos y admiramos a todos aquellos que han seguido ese camino, que han dado frutos de santidad. Pero no es nuestro camino. No es el camino de Schoenstatt. Schoenstatt es un movimiento de renovación laical. Y si hay personas consagradas en Schoenstatt están consagradas también como institutos seculares, que viven en el mundo, que quieren transformarse y ser fieles al Señor aquí en el mundo. Somos un movimiento de laicos y tenemos que hacernos santos en el mundo. Y si no amamos a Dios en las realidades temporales, difícilmente amaremos a Dios. Porque no tenemos la tranquilidad, el tiempo que tiene el monje, para estar horas y horas rezando. Si no tenemos contacto con las fuentes más primarias de la santidad que son la Palabra, los sacramentos, la meditación, la liturgia, no podremos santificarnos. Nosotros tenemos otras posibilidades para crecer en nuestra santidad: el amor a nuestros hijos, a nuestro esposo o esposa, a nuestros compañeros de grupos, de trabajo, etc. Si no encontramos a Dios en estas situaciones, y si no amamos a Dios en estas personas que están con nosotros día a día, no tendremos las fuerzas para cambiar, las energías suficientes para cambiar. Esa es la motivación típicamente schoenstattiana.

Este llamado a la santidad laical se ha hecho cada día más fuerte. Con una ascética, con una espiritualidad laical. Nosotros, como institutos, no tenemos votos; tenemos compromisos; hacemos un contrato, porque el P. Kentenich quería tomar muy en serio el orden natural; es ahí donde tenemos que santificarnos. Y el compromiso con la comunidad de quienes pertenecen a los institutos es un contrato humano, como el contrato de los matrimonios, que está sumergido en la gracia. Es un sí humano. Cuando alguien quiere dejar el instituto, no tiene que hacer mayores trámites. En cambio, si una religiosa de otro convento quiere dejar su comunidad, debe esperar un proceso bastante largo para que pueda ser liberada de los votos que hizo.

Nuestra motivación a cambiar parte del amor a Dios a través del amor al otro. Aquí es básico poder ver a Dios en la creatura. Si nosotros no logramos unir y ver lo creado en relación a Dios, lo temporal unido a lo sobrenatural, nunca podremos amar a Dios en el

hombre. Es por eso que nosotros podemos decir que amamos a Dios con todo nuestro ser, con todo nuestro corazón, con toda nuestra vida, porque lo amamos en personas humanas. De suyo el amor con todo el ser con toda el alma, le pertenece sólo a Dios. Pero Dios está en esa persona a quien yo amo con todo mí ser. Dios está en mi trabajo y en este trabajo, en esta persona, yo me entrego a él.

Este proceso lo vivió Schoenstatt en forma intensa en torno al 20 de Enero de 1942. Fecha que recordamos como el segundo hito de la historia de Schoenstatt. En Schoenstatt contemplamos su historia como una historia sagrada, marcada por ciertos momentos más densos: el momento en que nació Schoenstatt, el 18 de octubre de 1914; este momento en torno a Dachau, a la persecución nazi; un tercer momento que tuvo su culminación en el Santuario de Bellavista, el 31 de Mayo de 1949. En el segundo hito, que no es una fecha solamente sino un proceso de vida y de gracia, se inició con una carta que una Hermana de María escribió al Niño Jesús en la Navidad de 1941. Y esta carta nos ayuda a comprender nuestro original camino de santidad.

Querido Niño Jesús. Pronto descenderás nuevamente a la tierra en la Nochebuena y aún no te he escrito lo que quiero que me traigas. Cada año traes muchas cosas lindas a los niños que se portan bien. Yo renuncio con gusto a todas ellas con tal que vuelva el Padre. Este año tengo que pedirte algo muy grande. Hace ya mucho tiempo que nuestro querido Padre está lejos de nosotros y nosotras lo extrañamos. ¿Podrías enviarle un ángel al Padre para que lo visite cuando tú descendas a la tierra en la Nochebuena? Entonces, de repente su celda se iluminaría. El ángel le diría: No temas, te anuncio una gran alegría. Hoy, en Schoenstatt, ha nacido el Salvador. Apresúrate y vete al Santuario. Allí hallarás al Niño en los brazos de su Madre. Entonces vendrían muchos ángeles para allanarle al Padre el camino hacia el pequeño Santuario. Allí contemplaría el milagro de la Nochebuena. Y el Niño Jesús le diría: Ahora puedes quedarte para siempre conmigo y contarle a tus hijos muchas cosas de mí para que ellos, tomados de la mano de mi Madre, lleguen a mí. Y todos los hijos de Schoenstatt rebosarían de alegría y toda la noche te alabarían a ti y a tu Madre. Y en adelante, siempre se hablaría de este milagro de la Nochebuena".

Es algo extraordinariamente humano lo que pide esta Hermana al Niño Jesús. Una Hermana que quería entrañablemente al Padre; lo echa de menos. Y con la ingenuidad de los niños se dirige al Niño Jesús y le que le devuelva al padre porque ella lo necesita. Y le pide que haga un milagro, que ella renuncia a todos los regalos que él quiera hacerle para la Navidad con tal que le devuelva al Padre, para que él asuma su tarea de padre que conduce a sus hijos hacia él. El P. Kentenich recibe esta carta estando en al cárcel de Coblenza y la responde en una forma muy especial. A este respecto el Padre cuenta lo siguiente, en una de sus pláticas:

"La Superiora envió esta carta a la cárcel. Lo recuerdo muy bien. La recibí en la noche. Me incorporé en la cama y la contesté. Siempre lo hago así. Siempre doy cabida a aquello que Dios nuestro Señor obra en aquellos que él me regala. Podría demostrarles exactamente qué elementos forman parte de la obra que han sido inspirado por esta o aquella persona. La cartita ha sido escrita para el Niño Jesús y por eso la respuesta debía concordar con este

tono infantil. ¿Quieren escucharla? ¿No es verdad que en todos nosotros se despierta el niño?

Mi querida pequeña Mariengard:

Cumpliré tu deseo cuando tu corazón y el corazón de toda nuestra Familia se haya convertido en un floreciente Jardín de María. Por lo tanto, el cumplimiento de tu deseo, el milagro de la Noche Buena, está en tus manos y en las de todos los hijos de Schoenstatt. Apresúrense para que no sea demasiado tarde. Aún tengo muchos proyectos para los cuales necesito al Padre. Ahora lo estoy preparando para ello. Si ustedes cultivan bien su jardín, yo aceleraré el trabajo de cincelar y limar.

Y tiene casi tanto trabajo como en Schoenstatt. Recibe muchas visitas diariamente. Te envío cordiales saludos y mi bendición desde el cielo.

Y el Padre comenta:

¿Comprenden? Como la autora se llamaba Mariengard, yo bauticé todo esto con el nombre de Mariengarten, Jardín de María. El milagro de la Noche Buena se realiza en mí cuando se haya realizado en ustedes.

Si ustedes se transforman en la encarnación de un floreciente jardín de María, si ustedes toman en serio la Inscriptio, entonces seré librado. El Padre definía el amor de acuerdo a una definición de san Agustín, quien definía el amor como una *inscriptio cordis in cor*, una inscripción del corazón en el corazón. Y pensaba inscribir el corazón en el corazón de Cristo crucificado. Y por eso, el seguimiento en la cruz, el seguimiento heroico a Cristo, lo llamó *Inscriptio*. En esta palabra resume el vivir intensamente el amor al Cristo crucificado, el asumir, pro amor a él, la cruz. Lo que hace el Padre es, en definitiva, decirle a la Familia que si quieren que regrese, si lo necesitan para transmitirles la vida que Cristo le ha regalado, entonces tienen que hacerle suave violencia por su santidad heroica, por su inscriptio, por su poder en blanco, siendo consecuente en la vida diaria con su santidad. Entonces el Señor realizará este milagro de que yo vuelva. Y yo, por mi parte, dice el Padre, también voy a tomar en serio la cruz. Yo he elegido ir al campo de concentración porque creo que allí podré ser más consecuente con esta inscriptio, con este seguimiento al Señor. Y como cabeza de la Familia, como padre, como fundador, me siento responsable de su santidad. Yo sé que Dios Padre, porque me dio la función, el lugar de ser padre y fundador, condiciona la santidad de ustedes a mi santidad. Y, por lo tanto, estoy dispuesto a pagar este precio de rescate, su santidad, su libertad interior, con mi santidad...

Y empieza a darse una vida original, una vida que es muy humana y muy divina; muy enraizada en la tierra, de mucha calidez, de mucho amor humano, y que, a la vez, es profundamente sobrenatural. Sin ese amor humano no se habría dado este proceso, esta vida que se desarrolló en torno al 20 de Enero. Si esa Hermana no hubiera querido tanto al Padre nunca se habría sentido motivada para escribir esta carta al Niño Jesús, porque no lo hubiera necesitado, no lo hubiera echado de menos.

El P. Kentenich no dio, en primer lugar, plática sobre el amor a la cruz. Podría haberlo hecho; haber hablado de la importancia de la Inscriptio, de la santidad heroica. Pero habría

tenido muy poco efecto. El corazón del hombre se mueve por el amor y si él había despertado el amor era para llevar a estas Hermanas a una heroica santidad, pasando por el amor a él. De tal modo que él puede decir: si ustedes me quieren tanto, santifíquense, sean una jardín de María; vivan tan intensamente el amor a la Mater, sean tan consecuente en la vida diaria con su santidad que muevan a que la Mater, amor a ustedes, me libere a mí. Estoy seguro que ella me liberará del campo de concentración por ustedes. Y sé que lo que yo haga en el campo de concentración, lo hago como Padre, como cabeza de la Familia; y lo hago para todos los tiempos. Y siempre ustedes se estarán alimentando de mi santidad. Hay aquí una alianza mutua de amor humano, que tiene una trascendencia enorme en el plano de la redención, en el plano sobrenatural.

Entrar en el proceso de la redención, de la santificación del mundo, de la transformación del mundo, entrar en la dinámica del Cristo muerto y resucitado es un proceso que pasa por corazones humanos, por la realidad temporal, terrenal. Ese es el camino de Schoenstatt.

Ahora leeré algunas oraciones escritas por el Padre en el mismo campo de concentración:

Es una oración que parte haciendo una meditación respecto a san Ignacio, y recuerda una escena en que San Ignacio sintió que Dios le pedía que renunciara a la Compañía de Jesús. Si estaba dispuesto a morir por ella:

San Ignacio meditada en presencia de Dios

qué sería lo que más
le costaría a su corazón,
si el Señor de pronto
quisiera exigirle algo, como la última
y suprema ofrenda de amor.
Rápidamente pudo contestar a esa interrogante
de la sabiduría divina:
más que a mí mismo y su vida amaba a la Compañía,
a la que había consagrado sus fuerzas
y por la cual estaba dispuesto
a morir con alegría.
Entonces exclamó: "Si Dios
me pidiera la Compañía,
si El quisiera destruir esta comunidad
que he fundado por complacerlo
- y que para mí es motivo
de alabanza a su bondad-,
si él me la exigiera, tal vez mi corazón,
después de su muerte,
se agitaría intranquilo
aún durante un cuarto de hora...
pero luego Dios dominaría sobre ese sentimiento.

Y el Padre se pone en esa misma situación, si Dios le pidiera entregar la Familia, lo que más quiere. Y el Padre empieza a revelar lo que él siente por la Familia:

Por tu gran bondad,
si quieres conservarlo
para mí y para el mundo,
y que pueda seguir abrazándolo con amor,
si tú quieres tomar como precio de rescate
mis ruegos y mi confianza heroicamente filial,
¡entonces odiaré toda mediocridad
y toda pereza!
Ni de día ni de noche quiero, innoblemente,
dejar de pedir y suplicar lleno de confianza:
¡Apresúrate en manifestar
tus maravillas a tu hijo!
Que su vida
sea imagen fiel
de la vida
de nuestra madre en la tierra;
que, a través del hijo, ella resplandezca
revelando su gloria a nuestro tiempo enfermo.

El Padre dice que quiere odiar toda mediocridad, toda pereza, con tal que Dios Padre se manifieste en la Familia, en los que él ama, en lo que más quiere. Tenemos que ver a quienes estamos nosotros más entrañablemente unidos. Y el amor a esas personas nos hace odiar la mediocridad. Porque sabemos que ese hijo mío, ese amigo mío, esa persona a quien tanto quiero, se alimenta de mi santidad. Y porque quiero que sean santos, sean personas íntegras, por eso odio la mediocridad, la tibieza. El Padre quiere cambiar, no ser mediocre; apartar de la vida un comportamiento flojo, mediocre, con tal de salvar la libertad de la Familia, la libertad de los hijos de Dios, hacerla libre de todas las trabas que impiden la vida de Dios, la santidad. Nosotros fuimos creados para ser libres en el Señor.

Con tal de salvar la libertad de la Familia,
gustoso llevaré eternamente
las sombrías cadenas de esclavo...

Estoy tan íntimamente ligado a los míos,
que yo y ellos nos sentimos siempre
un solo ser:
de su santidad vivo y me sustento
y, aun, gustoso estoy dispuesto a morir por ellos.

"De su santidad vivo y me sustento"... es esa conciencia plenificadora, tan confortante... Tenemos respaldo, hay personas que se están santificando, que están rezando, que están haciendo capital de gracias por nosotros, por lo tanto puedo trabajar tranquilo. Yo sé que mi acción será bendecida porque tengo detrás a muchos que están ofreciendo su capital de gracias, su esfuerzo por la santidad, su vida de oración.

Estoy tan entrañable
y fielmente unido a ellos,

El Padre confiesa su amor entrañable por los suyos. Ese amor me ha captado hasta las raíces de mi ser, de mi afectividad, de mi sentir. Nosotros hablamos del "hijo de mis entrañas"; nos amamos entrañablemente. La Biblia dice: Dios tiene entrañas de misericordia", para revelarnos la profundidad del cariño divino.

que desde dentro una voz me dice siempre:
en ellos repercuten tu ser y tu vida
deciden su aflicción o acrecientan su dicha.

Ese es el motivo por el cual el Padre y nosotros estamos llamados a santificarnos. Es la responsabilidad por la santidad de la persona que amo, o sobre las cuales tengo responsabilidad. En la oficina somos responsables de la santidad de las personas que trabajan con nosotros; de personas concretas: del portero, del contador, del jefe, etc. Por eso el Señor nos ha llamado a ser parte de la Iglesia. Por eso nos marcó con el crisma diciéndonos: "Tú eres profeta, sacerdote y rey". Soy pastor de estas ovejas, de quienes trabajan conmigo, de quienes viven conmigo, de esta esposa, de estos hijos... Soy responsable de esa santidad, me hago cargo de su santidad. Y porque los quiero, por ellos me santifico. "Por ellos me santifico", es la misma expresión que usa el Señor. Por ellos estoy dispuesto a ir a la muerte, con tal que ellos sean santificados, consagrados en la verdad, en el amor a ti, Padre".

Ese es el proceso que vive Schoenstatt en torno a este Jardín de María, en torno al 20 de Enero. Podemos imaginarnos con qué fuerza las Hermanas de María, los Padres y todos los que estaban en contacto con el Padre en ese tiempo de Dachau, empezaron a tomar en serio su santidad y la Inscriptio, y el capital de gracias, y la oración. Porque querían que el Padre volviera lo antes posible. Ellos sentían que de esa santidad, de ese esfuerzo, dependía que el Padre saliera en libertad y que pudiera asumir sus funciones.

Y una vez que el Padre volvió, lo que sucedió en la Noche Buena, siguieron tratando de tener el más hermoso Jardín de María porque el Padre tenía ahora que asumir todas las tareas, porque ellas eran responsables de la fecundidad de su fundador. Y porque ese Padre debía viajar al extranjero, tenía que edificar, dar vida, tirar del carro de triunfo de María en todos los continentes. Por eso ellas se santificaron. Y eso continuó y se expandió cada vez más. De tal modo que toda la vida de Schoenstatt se condensó en el Jardín de María. Por eso el Padre llamó a este hito, que empezó el 20 de enero de 1942, el eje de la Familia. Porque aquí se condensaba lo más propio de Schoenstatt:

- En primer lugar, un profundo amor en la alianza de unos por los otros.

- En segundo lugar, un profundo entrelazamiento de destinos, o realidad de la comunión de los santos, de la realidad del mundo sobrenatural. Nuestros destinos están entrelazados; formamos una red. Formamos el Cuerpo místico de Cristo. NO puede decir el pie a la cabeza, yo no te necesito. No, cada uno de nosotros es esencialmente cuerpo y lo que hace el pie repercute en todo el ser. Somos un cuerpo, nuestros destinos están entrelazados. Hay una alianza de amor entre nosotros que nos hace dependientes los unos de los otros. No solamente hay una alianza de amor con Dios, con el Señor, con María, sino que hay una alianza de amor entre nosotros. Y la vivencia de la alianza de amor con Dios, con María,

pasa por la vivencia de la alianza de amor entre nosotros, de la interdependencia de nuestra santidad.

- Y en tercer lugar, el esfuerzo heroico por la santidad, por ser consecuente con la Inscriptio, con el Poder en blanco. Muchas veces hay un terror por estas palabras. Les da terror. Pero, tendría que darles terror hablar de cristianismo, y tendríamos que sacar todos los crucifijos de todos lados, porque no podrían ver a Cristo crucificado. Todos nosotros somos cristianos. La crucifixión es algo horrendo, pero es algo lleno de amor. Y por eso ese horror se transforma en fuente de vida, en hoguera de amor. Y pro eso no nos extraña que el Señor nos diga: "Si quieres ser mi discípulo, ven, toma tu cruz y sígueme". Y por eso también san Pablo dirá: "Yo completo aquello que le falta a la cruz de Cristo por el bien de su Iglesia". Es lo mismo que dice el P. Kentenich: Yo, en mi vida, y ustedes esforzándose por ser un floreciente jardín de María, vamos a conquistar la santidad. Vamos a completar la cruz de Cristo, vamos a hacerla fecunda.

Esta es otra forma de ver la vida cristiana. Es distinta la acentuación. Schoenstatt es una Familia con una vida muy rica. Quien no se introduce en esto no comprende Schoenstatt. Hay que experimentar la vida de Schoenstatt, no se puede explicar simplemente.

CUARTA CHARLA

El P. Kentenich, refiriéndose a todo este proceso en torno al Jardín de María dice:

Este es el mundo que estaba vivo en aquel entonces: el profundo enraizamiento y entrelazamiento de uno con el otro y con la cabeza. Constituye el núcleo de la familia, de la nueva comunidad. Debemos mantener firmemente esta profunda unidad destinos".

Ciertamente tendríamos que reflexionar mucho más respecto a este Jardín de María que incluye una alianza con María, con el Padre de la Familia y también entre los miembros de la Familia. Es una alianza con María, una alianza con el Fundador, una alianza entre nosotros. Una alianza que nos compromete en la responsabilidad de la santidad de unos por otros; una alianza que quiere llegar a las raíces, a una entrega en una altura como el Señor la pide de nosotros. En Schoenstatt la llamamos entrega de Poder en Blanco, que significa dar al Señor carta blanca para que él haga su voluntad, confiando que él siempre quiere lo mejor para cada uno de sus hijos; aún cuando sea algo difícil, duro, si es una enfermedad, una prueba, también sé que eso es lo que yo necesito, la que mi familia necesita para crecer en santidad. Y que, en definitiva, con esta prueba, el Señor me está haciendo más fácil el camino, porque quizás sin esta prueba difícil, yo no cambiaría, me quedaría en la mediocridad.

A veces, incluso nuestra miseria, nuestros pecados, nos ayudan a crecer si los tomamos en este espíritu. Recuerden la prueba de san Pablo; él relata que tenía ese ángel de Satanás que lo abofeteaba; él quería estar más libre, quería poder hacer más por el Señor y le pide que le quite ese problema. No sabemos bien qué problema era; los exégetas dicen que era una enfermedad a los ojos. En todo caso, era un problema que él sentía como una cruz, como una limitación. Y el Señor le dice: No, te dejo esa debilidad porque en esa cruz se va a manifestar mi gracia. Y san Pablo recoge inmediatamente lo que el Señor le manifiesta y responde: Entonces, Señor, me glorificaré en mi pequeñez, en mi debilidad. Bienvenida sea esta cruz porque yo sé que, a través de ella, tú te manifestarás.

Es ésa la lógica que tenemos que incorporar en nuestra vida. Tenemos que cambiar esa imagen del Dios tremendo, del Dios cruel a quien le tememos, por la imagen revelada de Dios que es Padre, que no hace ni permite nada sin que sea para nuestro crecimiento, para nuestra santificación, para nuestra plenitud. "Quiero que ustedes estén alegres y que su alegría sea plena"... dice el Señor. "Para esto he venido al mundo, para que tengan vida. Y si el Padre los podía es para que tengan más vida"...

Por eso, o enfermedad, o salud, o trabajo, o no trabajo, Señor, lo que tú quieras... Es esa la libertad a la cual nosotros aspiramos. Y por eso, si está en tus planes una cruz, aunque me sea difícil, sé que ella será para mi bien. Por lo tanto, en la fe te digo que en tu bondad, en tu poder, acepta lo que tú quieras. E incluso, cuando esa libertad es más fuerte, más plena, podemos decirle al Señor: Si quieres esa cruz, mándamela; estoy tan confiado en ti, estoy tan seguro de tu misericordia, estoy tan profundamente convencido que tú me quieres, que si quieres que vaya por un camino de cruz, lo acepto, porque que sé que es lo mejor para mí.

Hemos hablado suficiente de la motivación de la autoformación, de nuestro esfuerzo por cambiar, por superarnos. Terminaré todo esto leyendo algunos versos del Hacia el Padre, Pág. 157-158. El Padre vuelve aquí lo esencial: nosotros un cuerpo en Cristo Jesús, es la verdad que acentúa Schoenstatt y que la toma muy en serio:

"En Cristo Jesús nos ata
un estrecho vínculo:
estamos profundamente unidos
en sus santas llagas;
nosotros somos sus miembros,
El la única Cabeza:
esta Buena Nueva
nadie nos la podrá arrebatar.
Como miembros de su Cuerpo
somos capaces de obtener méritos:
tenemos derecho
a la gracia y a la gloria.
Mientras seamos
verdaderamente sus miembros,
el Padre siempre
nos mirará con beneplácito

El Padre saca las consecuencias de esta verdad:

Si en el ser
y en la vida
nos asemejamos a Cristo,
podremos extendernos
las manos unos a otros:
la santidad de uno favorece a todos
a través de la sangre del Señor.

Es decir, mi santidad condiciona tu santidad; y tu santidad condiciona mi santidad.

Así, el amor a la Familia
nos da alas
para refrenar con ahinco
las malas pasiones
y esforzarnos
por la más alta santidad,
con vigoroso espíritu de sacrificio
y sencilla alegría.

Es decir, así, tengo ganas de asumir mi propósito particular, mi horario espiritual; tengo ganas de dominarme en esto, de exigirme en esto, por el amor a los míos, a mi familia, a mis hijos, a mi cónyuge, a mis amigos; a mi grupo. Schoenstatt nos pide un salir de nuestro yo egoísta y volcarnos hacia los demás. Porque eso es lo único que libera, que plenifica; es lo único que nos da la alegría de buscar al Señor, de convertirnos, de ser más suyos. Así podemos seguir el camino de santidad que el Padre nos propone, podemos asumir la

ascética de Schoenstatt con los medios propios. San Pablo dice que la vida espiritual es una carrera y, así como los deportistas se entrenan, nosotros tenemos que prepararnos. Si un deportista se exige al máximo por una corona perecible, cómo no vamos a exigirnos nosotros por esa corona imperecible que Dios tiene preparada para cada uno de nosotros... Esforzarnos por la más alta santidad, sin achatar las metas. Yo nací para la santidad, fui ungido en un óleo santo; soy parte de un pueblo santo, de una raza sacerdotal, de un pueblo adquirido, por la sangre del Señor. Y con vigoroso espíritu de sacrificio, con reciedumbre; con sencilla alegría, porque todo está animado por el amor, porque no es un ascetismo. Esa imagen del asceta que a veces existe, es una deformación inhumana, que nada tiene que ver con el ideal schoenstattiano.

La santificación propia
se torna amor a la Familia
y le ayuda a cruzar
alegremente toda oscuridad;
atrae sobre ella
los ojos regocijados del Padre
y es para ella báculo certero,
el más seguro amparo".

La autoformación es amor a la Familia; no es por un perfeccionismo, por salvar la propia alma.

A esta originalidad, en cuanto a la motivación, sigue una originalidad en cuanto a la meta. La meta que todos tenemos es llegar a ser un hombre nuevo, tal como lo expresa san Pablo. Tenemos que despojarnos del hombre viejo para revestirnos de Cristo, el Hombre nuevo; para ser un hombre nuevo en Cristo Jesús. O, como el mismo san Pablo lo dice, para llegar a la madurez, a la plena estatura de Cristo en nosotros. Esa es la meta que todos compartimos en la Iglesia.

Pero esa meta de santidad adquiere diversos rostros, diversas modalidades. Siempre, desde el inicio, todos nos hemos esforzado por ser hombres nuevos. Pero el hombre nuevo del inicio del cristianismo no tiene el mismo ropaje, la misma faz que el hombre nuevo del siglo 20 y de la Edad Media. Es una distinta manera de vivir y de encarnar este hombre nuevo. Cada época requiere una reedición del hombre nuevo. En un momento, la Iglesia necesitó con urgencia que apareciera un san Francisco de Asís y predicara a Cristo tal como lo predicó y vivió él mismo: en la pobreza. La Iglesia necesitaba ver al hombre nuevo pobre, como lo vivió san Francisco. O en el tiempo de san Benito, o de san Ignacio de Loyola. Y esos hombres nuevos tienen también una validez para todos los tiempos. El ideal del hombre nuevo franciscano perdura hasta hoy y durará hasta el fin de los siglos, porque ha tomado verdades que son eternas; son acentuaciones válidas para siempre.

Sin embargo, la Iglesia se renueva constantemente. Dios permite que surjan en ella nuevas imágenes de este nuevo hombre, nuevas acentuaciones, nuevas formas de vivir este hombre nuevo. Y una de ellas es la schoenstattiana que nosotros creemos que Dios ha hecho surgir en forma especial para la Iglesia de este siglo y sobre todo de los siglos venideros. Así lo entendió el P. Kentenich. Esta fuente de gracias que ha surgido en el Santuario de nuestra Madre y Reina es para que surja el hombre nuevo schoenstattiano que tiene responsabilidad de vivificar a la Iglesia de las nuevas playas.

La formulación primera que dio el P. Kentenich a este hombre nuevo es el santo de la vida diaria. Tenemos que encarnar el santo de la vida cotidiana. No simplemente el santo que cumple bien su deber, que santifica su trabajo. Cuando el P. Kentenich hablaba de la santidad de la vida diaria no solamente se refiere a la santidad del día de trabajo, contrapuesta a la del día domingo, de los feriados. El se refiere a la santidad del trabajo como campo propio para santificarse. Y esto vale para todo campo donde nos movemos.

Y hay una tercera acepción que da el P. Kentenich. El dice: "Santidad de la vida diaria, o del día de trabajo, es aquella que armoniza la vinculación cargada de afecto, hondamente afectiva, a Dios, a los hombres, a las cosas y al trabajo". Por lo tanto, el santo de la vida diaria, según el P. Kentenich, es aquel que encarna la armonía de lo terreno y lo divino, de lo natural y sobrenatural. Es el santo que ha sabido armonizar el amor a los hombres con el amor a Dios. Y el amor a Dios con el amor a los hombres. Es el santo que ha logrado amar a las cosas y en las cosas, amar a Dios. Y amando a Dios, volver de nuevo a las cosas.

Es decir, el santo de la vida diaria vive este organismo de vínculos, hondamente afectivo. No sentimentalista, sino que capta hasta las raíces de nuestra afectividad, de nuestro ser. No solamente se queda en la sola voluntad, en la sola idea, sino que baja al corazón, a la afectividad. Una vinculación afectiva significa que queremos las cosas, que amamos nuestro trabajo, que amamos a nuestros hijos, a nuestros amigos, que amamos a Schoenstatt, que amamos a la Iglesia. Todo eso lo unimos armónicamente, en nuestra vida cotidiana. No solamente alguna vez, cuando estamos celebrando alguna fiesta o un aniversario. Unimos siempre lo terreno y lo sobrenatural, amamos lo humano y lo sobrenatural. Y esto, cada uno lo vive en forma particular según su ideal personal. Cada uno de nosotros tiene que vivir esa armonía, esa santidad de la vida diaria, ese hombre nuevo, en una forma enteramente original, única. Ninguno de nosotros es repetible, ninguno de nosotros es igual al otro.

En este Jardín de María, hay una infinidad de flores, de árboles, de arbustos, de senderos, de piedras, infinidad de elementos que conforman este todo armónico, este huerto, este paraíso de Dios recobrado. Cada uno de nosotros tiene un lugar, una función original, propia. Cada uno de nosotros tiene un llamado original a la santidad. Y más que todo, tiene un impulso propio, original, a la santidad. Cada uno de nosotros lleva la semilla de la santidad. La santidad no es algo externo que tenemos que ponernos. Al ser bautizados, cada uno de nosotros recibió algo interior que nos impulsa a la santidad. Lo mismo sucede en el orden natural. El niño crece por sí mismo y él mismo reclama si no se lo alimenta. No tenemos que decirle que tiene que crecer. Tiene una fuerza intrínseca, interior que lo lleva a crecer. Lo mismo sucede en el orden sobrenatural con el crecimiento hasta lograr la santidad. El Señor nos dio el germen de vida al ser bautizados. Nacimos de nuevo, se nos da el germen de la santidad, del hombre nuevo al cual somos llamados.

Ese impulso de crecimiento, es original de acuerdo a nuestro ideal personal. El ideal personal es ese impulso interior que tenemos que descubrir y captar y cultivar. Las ganas de cultivar este impulso nos vienen porque nos sentimos responsables de la santidad de otras personas.

Veamos ahora los medios ascéticos. Schoenstatt también es original en cuanto a estos medios o ayudas ascéticas. Estas ayudas ascéticas son necesarias porque tenemos la huella del pecado original. Somos pecadores y los pecados que cometemos dejan una huella, una

herida en nuestra alma. Es como el surco que deja el agua que corre en la tierra. Esas heridas las sentimos constantemente, dolorosamente. El P. Kentenich dice muchas veces: Aquel que soy saluda tristemente a aquel que debiera ser. Ese peso tiene que tener un contrapeso.

Aristóteles tiene una imagen que nos puede servir en este esfuerzo ascético. El dice: si una vara de acero se torció hacia un lado, no basta con hacer el esfuerzo para que la vara vuelva a su centro. Hay que hacer un esfuerzo extra, especial, para mantenerla en el justo medio. San Ignacio habla del agere contra, hacer la contra. No basta solamente con el agere a natura, actuar espontáneamente. No estamos llamados a actuar siempre en contra, sería tremendo, sería un ascetismo. Es también semejante a cuando nos alimentamos. No siempre tenemos que estar comiendo en contra nuestra voluntad y lo que no nos gusta. Qué bueno es comer con ganas, con apetito. Pero algunas veces, tenemos que comer ciertas cosas que no nos gustan y tenemos que hacer la contra, porque nos tenemos que alimentar. Tenemos que ponernos disciplina, ordenarnos. Es lo que hacemos con los niños para que no sean salvajes. Esto significa renuncia, disciplina y de ello nadie está exento, menos un schoenstattiano.

Es claro, entonces, hacerse la contra. San Pablo dice si otros por coronas corruptibles se entrenan, por lograr un título, un campeonato, cuanto más debemos hacerlo nosotros por un corona incorruptible. Nuestra vida nos exige un agere contra. Y de allí los medios ascéticos. El P. Kentenich, en Schoenstatt le ha dado especial importancia a algunos de estos medios y los ha reformulado. Uno de ellos es el formular un ideal personal y trabajar un ideal personal.

Hay otros medios: el horario espiritual y el examen particular. El P. Kentenich no los inventó, pero sí los reformuló. De alguna manera, siempre ha habido horario espiritual en las distintas espiritualidades. Todos los cristianos tenemos horario espiritual, en cierto sentido; es un plan amplio: asistir a misa los domingos, confesarse por lo menos una vez al año, etc. Son puntos que nos pone la Iglesia y que si no los cumplimos debemos confesarnos de ello. El P. Kentenich nos pone algo más concreto y nos dice que si queremos tomarnos en serio en nuestro esfuerzo por la santidad, en la responsabilidad por nuestra santidad, debemos concretar algunos cosas que aseguren y expresen nuestro esfuerzo por la santidad. Si no lo hacemos, nos diluimos. Hay que tener propósitos específicos, concretos.

Comparamos esto con la alimentación. Cada uno de nosotros comemos varias veces al día: desayuno, almuerzo, comida. Si no lo hacemos, corremos el riesgo de debilitarnos. Podemos acostumbrarnos a no tener este horario, pero corremos el riesgo de morirnos. Así también en la vida espiritual, podemos acostumbrarnos a no tener oraciones, a no tener vida sacramental, a no exigirnos, a no renunciar. Y nuestra vida se hace vaga, nos da lata todo, no tenemos gana y entramos en la mediocridad espiritual que es la enfermedad peor y más común en la vida cristiana. Porque uno puede salir más fácilmente de un pecado mortal que de esta mediocridad. Tenemos tantas ataduras que no nos podemos liberar. Si no tenemos cosas concretas que nos saquen de esta mediocridad, caemos irremisiblemente en la tibieza.

Por eso la importancia de tener un horario espiritual. ¿Cuáles son nuestros alimentos? ¿Levantarme a la hora? Sabemos que si nos levantamos a una hora prefija todo el resto del

día anda bien: llegamos a la hora al trabajo, etc. Y esto porque el Señor nos pide, en el llamado a la santidad, que lleguemos a tiempo al trabajo. Y porque me cuesta, porque me es difícil, me pongo este punto en mi horario espiritual.

Y como sé que el propósito no basta, porque empieza la ley del olvido, porque nuestra afectividad cambia, porque nuestras ganas cambian, porque nuestro estado de ánimo cambia, nos hacemos un plan donde anotamos el cumplimiento o no cumplimiento de este levantarme a la hora señalada. Y así podemos tener, a fin de mes, un balance de nuestra vida, de nuestro esfuerzo. Y nos controlamos no vagamente, no de todo, porque no podemos, sino de una o dos cosas concretas. Y si vemos que estamos mal tenemos que ver si lo que nos propusimos era algo inalcanzable, algo utópico, o simplemente estamos cayendo en la mediocridad. Y entonces, merezco una penitencia. Tenemos que ser capaces de hacer penitencia, y penitencias posibles y concretas: tomar desayuno sin azúcar, pan sin mermelada, etc. Y eso nos indica que nos tomamos en serio, y nos da una cierta satisfacción y alegría.

¿Cuáles son, entonces, nuestras comidas? En la ascética antigua, el horario espiritual está determinado o por el director espiritual o por una comunidad y se obliga a hacerlo por obediencia. En Schoenstatt no es así, pero no somos vagos, no nos quedamos en la vaguedad. Schoenstatt es una escuela de santificación y nos proporciona un taller para que se produzca algo en nosotros. Y por eso hacemos un horario espiritual. Al comienzo, empezamos con uno o dos puntos. Por ejemplo, ¿no sería absolutamente normal que nos alimentáramos de la Palabra del Señor? Y por lo tanto, la lectura diaria de la Biblia, un minuto, puede ser el punto con el cual empezamos nuestro horario. Otros puntos, una oración en un momento determinado, y que signifique una renovación. Cada uno sabe lo que necesita y lo que le calza, lo que le cae bien. Por eso, cada uno tiene que ver cuál horario le queda bien.

En este horario tenemos que cubrir al menos dos campos fundamentales: la oración y el sacrificio. Son los dos pilares de la vida espiritual, del camino de santidad. Tenemos que preguntarnos cuál es nuestra oración importante del día, 5, 10 minutos. Algo concreto, que pueda realizarse, que me exija. Y en la línea de la renuncia, del sacrificio, del autodomínio; algo que me duela, que me es difícil.

Hay un horario espiritual básico que se recomienda al inicio: una oración al día, una renuncia al día, y semanalmente, si es posible, una visita al Santuario en forma especial, personalmente, para estar un rato con la Mater. No tenemos que ponernos cosas imposibles. Y sobre todo, no nos pongamos actitudes: ser más ordenado, más respetuoso, etc. Son vaguedades. Quien mucho abarca, por aprieta. Tenemos que esforzarnos por algo determinado, y eso va a redundar en toda nuestra vida.

Tenemos que anotar. Tomar el lápiz y anotar cuesta enormemente. Es un gran sacrificio. No siempre uno tiene ganas de anotar el horario espiritual, pero a la larga nos podemos dar cuenta que si no asumimos este pequeño sacrificio las ganas nos comen. También nos pasa que podemos olvidarnos. Son los dos grandes peligros: las ganas y el olvido.

Después, de la larga, cuando ya hemos recorrido un camino, empezamos a descubrir que hay dos o tres cosas que son esenciales para nuestra vida, y que no podemos dejarlas. Por ejemplo, rezar el rosario todos los días, la media hora de meditación, hacer las oraciones de

rodillas, etc.. Cada uno lo sabe por experiencia propia cuáles son las fuentes de gracias esenciales para su vida, cuáles son los alimentos que no pueden faltar. Cuando hemos probado varias cosas en nuestro horario espiritual, progresivamente, poco a poco nos vamos dando cuenta de aquello que no podemos dejar bajo ningún punto de vista. Son los seguros que el Señor pensó para mí. Para otros, será distinto.

El camino de santidad para cada uno es distinto. No queremos repetir ningún modelo de santidad. Por más que admiremos a un santo, no somos ni el Padre Hurtado, ni José Kentenich, ni Juanita de los Andes. Cada uno es original y tiene un camino de santidad original, según su modo de ser, cultivado según el querer de Dios y con fidelidad.

Por lo tanto, tenemos que dar cabida en nuestra vida espiritual al agere contra. El otro gran medio que nos ofrece Schoenstatt es el Examen Particular o Propósito Particular. ¿Qué significa? Si el horario espiritual nos pone cosas muy concretas, levantada en la mañana, lectura de la Biblia, etc., el examen particular da importancia a una actitud de vida que estamos llamados a acentuar en un tiempo determinado. Sentimos que Dios nos pide un esfuerzo especial en un campo determinado. ¿Cómo sabemos que Dios nos lo pide?

Por las circunstancias; porque las personas que viven conmigo me han dicho que estoy mal genio, que contesto mal, que estoy irritable. O ve que las cosas andan mal porque estoy desganado, porque no me exijo, porque no tengo orden en mis cosas. Siento por las circunstancias que vivo, que debo esforzarme por conquistar una actitud determinada, ordenarme, esforzarme. Las circunstancias nos mueven a conquistar determinadas actitudes. La misma Iglesia, los tiempos litúrgicos; la cuaresma, por ejemplo, nos pide que compartamos nuestros bienes, que seamos generosos, que nos desprendamos de nuestros bienes.

También las voces del alma. Tenemos algunas inquietudes por esforzarnos; sentimos que debemos cambiar en tal o cual cosa. Son las voces del alma, es el Espíritu Santo que nos está dando una moción interior. Con el Examen Particular asumimos esas voces de las circunstancias, del alma. Y reflexionamos, cultivamos y nos esforzamos por conquistar una actitud, que ojalá sea siempre positiva: ser eficiente en el trabajo, ser buena persona, ser ordenado. Y para toda la vida. El primer trabajo del Examen particular es tomar conciencia de lo bueno que es conquistar esta actitud, de lo bien que nos viene, de lo bien que le hace a otras personas el que conquistemos tal actitud. Saturamos de valor estas actitudes que queremos conquistar. Ver que es apetecible esforzarse por ello. NO podemos esforzarnos en seco, racionalmente. Eso no nos entusiasma y con lleva a actuar "contrapelo". Tenemos que aprovechar las corrientes positivas de nuestra alma. El P. Kentenich es tremendamente positivo, pero no iluso.

Entonces, damos forma a ese Examen Particular en un lema, en una oración; lo unimos a una frase de la Biblia, y nos quedamos con ello y lo unimos a nuestro esfuerzo por tratar de alcanzar esa actitud determinada. Y eso lo renovamos algunas veces en el día. Normalmente en la mañana, al mediodía, en la tarde, en la noche. Lo unimos a cosas bien concretas: a la oración de la mañana, cuando volvemos del trabajo, al mediodía, cuando nos acostamos. Uno esta renovación del Examen particular de suyo a cosas que son costumbres, que hago normalmente. Y lo ofrezco a la Mater y le pido las gracias para ello.

Y basta un minuto recordar. Y volver la mirada y pedir perdón. Y en la noche, no simplemente hacer un cruz, un sí o no, sino renovarse, pedir perdón, agradecer, conversar un poco con Dios sobre este examen particular.

Hay dos caminos, dos medios ascéticos: el horario espiritual muy concreto, con cosas bien distribuidas, y el examen particular, que es una actitud que estamos conquistando. A veces, unimos este esfuerzo a un seguro. Por ejemplo, si estamos luchando por ser ordenados, el seguro puede ser tener orden en el closet solamente. Aunque lo demás esté desordenado. Y nos esforzamos por ese orden determinado. Y sabemos que por ese orden, poco a poco, iremos ordenando otros lugares. Aseguro este examen particular con algo bien concreto. A veces es imposible asegurarlo tan concretamente. Y basta con la renovación del Examen Particular.

Para José Engling, por ejemplo, el último examen particular que tenía era tomar conciencia que Dios habitada en su corazón. Simplemente eso y se renovaba en eso, respiraba en eso varias veces al día. Y eso ejerce una influencia en toda la vida. Un examen particular puede durar un año, un mes, medio año. Después, habrá otra inquietud, otra moción interior, tal circunstancia que nos van a llevar a cambiar de examen particular, a asumir otra preocupación, otro camino de esfuerzo.

En la vida espiritual, podemos graficar esto de la siguiente manera: el horario espiritual es como un puente por el cual tenemos que caminar. Para que este puente pueda sostenerse, tiene que tener pilares. Que son los puntos del horario. Andar por el puente, caminar por el puente, es el examen particular. El P. Kentenich dice que es un arma de lucha. La línea de crecimiento, de cambio, está concentrada en el examen particular, en el propósito particular. Y todo lo demás crece por osmosis, porque somos un organismo.

Pidamos al Señor que podamos beber abundantemente de las gracias que nos regala en el Santuario. En primer lugar, de la gracia del arraigo en su corazón. Siempre será lo primero. Sentirnos hijos predilectos suyos, queridos tremendamente por el Señor, con un amor que nos llega a través de muchos reflejos suyos, de muchas personas y de muchas cosas. Estamos rodeados de muestras de amor; hay muchos rayos del amor de Dios. Tenemos que gozar esos rayos: las personas con quienes trabajamos, las cosas que nos rodean. Miremos, enumeremos, paladeemos, gustemos, hagamos una letanía, un salmo de gratitud y manifestémoslo; alabemos al Señor: es digno, equitativo, justo saludable, darte gracias, Señor, porque nos has hecho conocer, palpar, sentir, tantas muestras de amor a través de tantas personas, de tantas cosas que tú nos has dado. Gracias por este trabajo, por este compañero. Alabanza y gratitud a ti, Compañero de esta jornada, porque estuviste tantas veces junto a nosotros en forma tan humana.

Pedir las gracias de la transformación; que nuestro Santuario sea para nosotros la cuna de nuestra santidad. El P. Kentenich repetía mucho una frase de san Ignacio: Ad maiora natus sum, Yo he nacido para cosas más grandes, no nací para la mediocridad. El P. Kentenich decía: Nosotros nacimos como águilas que tenemos que volar por al alturas, no nacimos para ser gallinas. Tenemos que volar alto. Gracia de la transformación interior, de la aspiración a la santidad, de una santidad motivada a través de este Jardín de María que el Señor nos muestra en Schoenstatt y que todos nosotros formamos. De este nuevo Edén, de nuestro nuevo vergel. Tener un Jardín de María en una ciudad tan contaminada y tan carente de parques. Por lo menos que formemos estos jardines que son nuestros hogares,

nuestros corazones, nuestra Familia de Schoenstatt donde muchos puedan llegar a respirar aire puro. Tenemos que dar la oportunidad a muchos para recrearse, de renovarse en este Jardín de María que tiene que florecer en torno a nuestros Santuarios.

Ofrezcamos y pidamos a nuestra Mater la gracia de ser concretos en nuestra transformación, de no quedarnos en generalidades; de aprovechar los medios de santificación que ella nos ofrece a través del P. Kentenich: ideal personal, ideales de Schoenstatt, examen particular, horario espiritual, y todas las demás cosas que el Señor nos vaya dando como ayudas para que no nos quedemos a medio camino.

Termino con un lema del Padre:

Nunca hacia atrás, siempre hacia adelante, hacia las más altas cumbres.